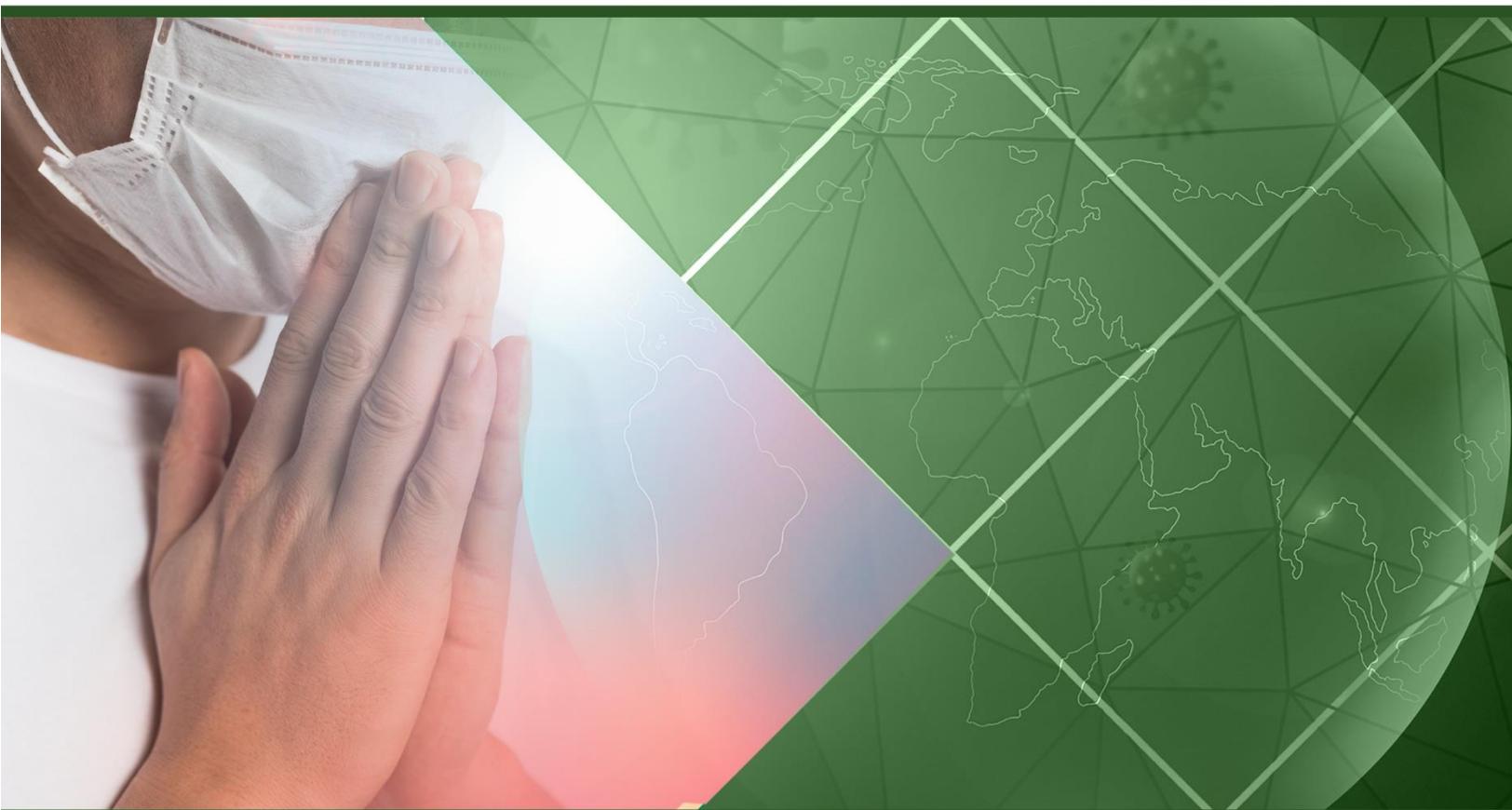


CRÓNICAS DE UNA PANDEMIA



Norge Belisario Naranjo Torres

Norge Belisario Naranjo Torres

Crónicas de una pandemia



Autor:

Norge Belisario Naranjo Torres
Facultad de Ciencias de la Salud
Universidad Técnica de Babahoyo
nnaranjo@utb.edu.ec

Primera Edición, septiembre 2020

Crónicas de una pandemia

ISBN: 978-9942-8734-9-1 (eBook)

Editado por:

Universidad Técnica de Babahoyo

Avenida Universitaria Km 2.5 Vía a Montalvo

Teléfono: 052 570 368

© Reservados todos los derechos 2020

Babahoyo, Ecuador

www.utb.edu.ec

E-mail: editorial@utb.edu.ec

Este texto ha sido sometido a un proceso de evaluación por pares externos.

Diseño y diagramación, montaje y producción editorial

Universidad Técnica de Babahoyo

Babahoyo – Los Ríos – Ecuador

Queda prohibida toda la reproducción de la obra o partes de la misma por cualquier medio, sin la preceptiva autorización previa.

A la memoria de quienes perdieron la vida y un ser querido, quienes sufrieron con esta tragedia y nunca perdieron la esperanza del Dios eterno.

PREFACIO

Dios de todos, un susurro bastará para entender el designio de vida, aunque no soy digno de escuchar, pero un gesto bastó para sanarme; con defectos y virtudes, el pasado y el presente, el tiempo y espacio, el dolor y la alegría en una época de tantos contrastes divagan en mi ser; hay un camino aquel que fue revelado, aquel que no he caminado y que indiscutiblemente tendremos que transitar, quedarán huellas, sanarán cicatrices y qué vamos a dejar.

Año 2020, tragedia y dolor embargan nuestros corazones, Crónicas de un Pandemia alteran nuestras vidas, nadie lo había vivido, cómo imaginarnos que nos desbastaría como sociedad; encontrando contrastes de miseria humana por el vil metal y héroes de bata blanca que entregaron sus vidas al cuidado del paciente; familias enteras se perdieron, se extinguieron en la derrota de los temores por una fiebre irresistible, sin olor, ni sabor, covid-19 la llamaron, ahí cayeron hermanos, amigos y desconocidos que te dolieron; el pueblo se solidarizó desde casa por el temor de también partir; hay excepciones de los que te aman y te aprecian, padres y madres se lanzan al precipicio, al rescate sin mascarilla eres su propia vida; algunos no resisten y sin despido parten en una bolsa plástica por culpa del coronavirus sin honor. Las restricciones y dificultades económicas en desesperanza por el quédate en casa y cómo sobrevivir en la desesperación de una mesa sin pan después de haberlo perdido todo.

Desde la ventana trasera observo el sol radiante, las aves anuncian el amanecer, son la recompensa de que me llegará mi nuevo día, figuras en el firmamento en las faldas de la cordillera me escoltan a acampar; mis emociones me transportan a aquellos días de enfermedad con el encuentro profundo de aquel que me dejó plantado, aun no era el invitado a la fiesta, días de angustia y desesperación fueron el aprendizaje de no estar solo y que ese beso en la frente que me pide todas las noches y esa señal de la cruz que hace en mí es el propósito de permitirme seguir aquí.

ÍNDICE

PREFACIO	6
CRÓNICAS DE UNA PANDEMIA	9
PACIENTE ÚNICO	9
ACERCA DEL AUTOR.....	43

CRÓNICAS DE UNA PANDEMIA

PACIENTE ÚNICO

CRÓNICAS DE UNA PANDEMIA

PACIENTE ÚNICO

A paso lento caminaba solitario al compás de la tristeza, llegando al lugar donde iniciaba mi recorrido diario; el punto de encuentro con las nostalgias de Pablo, sólo quedan los aplacados recuerdos; una señal turística luminosa me esperaba, resaltaba “zona de atletas”, acompañada con un grafiti que inspiraba a completar la frase, Atletas de Cristo. La primera vez que la deslumbraba Pablo comentó “Es una gran frase de los grafiteros”; siempre vi imágenes de su rebeldía con la sociedad, revolucionarios con su arte en contra de una sociedad capitalista oprimiendo a los más desposeídos; le dije ñaño excelente punto de vista comparto tus ideales agregué.

Recordé sus defensas con una lucidez reglamentaria en contra de las multinacionales por el maltrato a los sencillos y valiosos jornaleros, sueldos y harapos definían su condición social, los peores pagados decía su rol de pago, su valoración para los dueños mano de obra barata, sin opción a reclamos por el seguro social de un simple campesino; nos indignaba las injusticias, en un acuerdo telepático nos veíamos a la cara y actuábamos con dignidad en defensa del trabajador; cuando se daban atropellos de recorte de sueldo y explotación laboral en contra de los marginados obreros de las bananeras, Pablo tenía su lado humanista, con los años, la experiencia nos hizo más precavidos por el bienestar de nuestras hijas; a pesar de ser Ingenieros Agrónomos, excelentes profesionales y experimentados, era un riesgo latente perder el sustento; como anécdota por denunciar las injusticias fui despedido del trabajo anterior. Pablo en apoyo renunció al suyo, que gran detalle de solidaridad de mi compadre; aunque le dije que no estaba de acuerdo con lo que hizo me abrazó de costado y me dijo: “los hermanos son en las buenas y en las malas”; gracias a Dios nos llamaron a los dos a laborar al poco tiempo de otra compañía que cumplía con las normas de seguridad social y estabilidad laboral, estábamos mucho mejor y éramos más cautos.

Después de la jornada laboral seguíamos compartiendo la gracia de vivir, nos despojábamos de las botas cubiertas por el fango y las responsabilidades extenuantes con el penetrante olor a campo, en camino a nuestro pasa tiempo favorito sin duda alguna el deporte, nos apasionaba y renovaba de energías, el deseo de correr por el mundo nos identificaba en la alegría siendo maratonistas de corazón, la conversación siempre amena en la coincidencia de pasar por los mismos problemas; ambos estábamos separados de nuestras esposas y los dos teníamos una hija de diez años; tanta casualidad de vida esos detalles fortalecieron más los lazos de amistad, esos recuerdos vagan en mi memoria a la espera de un confidente que no volverá.

A punto de iniciar el recorrido como lobo solitario en el by pass de Babahoyo, Pablo esta vez no me acompañará y nunca más lo hará, una brisa fresca y constante acariciaba mi rostro; desde la sábana en el atardecer; observé el sol ocultándose detrás de las casitas de caña de las brisas del río; como llamaban a ese sector de gente humilde, me envolvió la nostalgia divisando los sembríos de los verdes arrozales madurando de las vegas detrás de los hogares; donde terminaba la pobreza y comenzaba la dura faena en los cultivos de gente pobre y trabajadora; que contrariedad de la zona, tanto arroz y tanta hambre.

De esto hicimos una gran profesión con mi compadre, nos llenaba de inspiración la ecología, el medio ambiente, el deseo de cambiar el mundo, desarrollar de la matriz alimentaria que el pueblo no sufra de hambre en un país tan bendecido con un paraíso terrenal; compañeros de sueños y de aulas, estudiamos muy duro cultivando nuestro conocimiento y labrando la tierra con los dedos de nuestras callosas manos, compartimos parcelas de emociones y aprendizajes de prácticas fructíferas desde el preuniversitario hasta la consagración en la Universidad Técnica de Babahoyo, en una de las mejores Facultades del Ecuador, orgullosos de ser agrónomos y compartir un profundo amor por la naturaleza.

Regreso a la realidad en ese momento nada me perturbaba, sentía una profunda paz por el deber cumplido, ese día no era el mismo; más tiempo me tomó pensar y recordar que caminar y correr el primer día de un mundo distinto, eso espero, susurré; la tragedia que humanizó lleno de dolor en esperanza y nos postró más cerca del amor de Dios.

Ese primer día de maratón en efecto ya no me acompañó Pablo, mi hermano del alma, él también fue víctima de esta pandemia; a la que la humanidad la bautizó por medio de un mercader de la muerte y la condecoró con una corona de virus; las atribuciones persuasivas del ser humano a través de las vías de comunicación, engrandece lo malo para tomar provecho con titulares e imágenes de una hermosa e inmensa aureola a la tragedia; ese sensacionalismo en noticieros y en redes sociales le permite hacer más riqueza; así son las nuevas fuentes de información, amarillista en tiempos de hambre; las fuentes de esperanza y las acciones bondadosas las minimizan, a veces siento que nos merecemos esto, lo que la humanidad está viviendo por el destroz el quememportismo de la destrucción de nuestra casa terrenal, las insinuaciones a la madre naturaleza por una inminente destrucción, las repercusiones a la fauna y la flora; tanta indiferencia de la sociedad, el planeta necesitaba un respiro de nosotros los animales; el Rey de Reyes entregó su vida por sus hermanos, por su infinita misericordia y su premio el castigo divino adornado por la santa corona de espinas; la más grande muestras de amor, bondad y solidaridad; nuestra respuesta una falsa hermandad devastadora e ingrata, una plaga indiferente y contradictoria de amor propio, llena de codicia y la enferma virtud de destruir la vida de los demás.

Pasé mucho tiempo como nunca antes lo había hecho en aquel lugar aferrado a la tristeza, arrimado al letrero luminoso encima de mi cabeza y ahora en mi corazón “Atletas de Cristo”; sí, eso somos Pablo, acoté.

Ese primer día después de la tragedia me acompaña mi canino amigo Zamán; impaciente ladraba por momentos y me volvía a la realidad; muchas personas ya habían dado varias vueltas y yo aún ni un paso; pero no se extrañaban de mi expresión corporal sabían que siempre me acompañaba mi compadre, que Babahoyo conocía, un amigo que había perdido y asumían que estaba muy afligido; no hubo calentamiento físico sino mental, tantos recuerdos bombardeaban mi memoria de los momentos vívidos con mi camarada; ahora la rutina de ejercicios cambio el calentamiento no era el mismo recordé que compartíamos los hombros, pie izquierdo a la altura de la cintura del uno al otro, nos tomábamos de los tobillos para no perder el equilibrio y sostener una amistad inquebrantable.

Cada minuto, cada instante recordaba los momentos vividos, me embargaba la desolación y el dolor de haber perdido a mi querido amigo; ya han pasado 2 semanas de trabajo rutinario con mi ausencia momentánea del duelo en carne viva; pero en el campo la vida debe continuar, la matriz alimentaria no

para, los noticieros y la gente reprochaba que el gobierno haya levantado parcialmente la cuarentena, ahora en semáforo amarillo, en redes sociales opiniones divergentes de pensamientos convenientes; había muchedumbres de clase media que ya no tenía ahorros; la clase informal luchaban el día a día con la desesperación de no tener un plato de comida en la mesa para sus hijos, el temor de perder a los más frágiles del hogar padres y abuelos, la plaga quiere arrebatarse la eterna deuda pendiente del cual no me quiero librar; con el dilema de la preocupación en prevención de no contaminarse y contaminar a la familia, la perturbadora idea de que la baja estadística en niños no toque a nuestras hijas; la desesperación de amigos y conocidos en época de camello, expertos mecánicos y albañiles se fajaban en su arte; ahora transformados por la miseria en profesionales temporales de la necesidad; eso los lleva hacer emprendedores de la desgracia dedicados a tiempo completo a vender esperanzas de seguridad recorriendo las calles contaminadas ofreciendo todo tipo de artículos; mascarillas, guantes, cloro, todo lo que deje unos cuantos dólares para cubrir la avaricia de sobrevivir.

Me transporto a la realidad esas 2 semanas, ese 1 día rindo los honores diarios a mi pana con la exigente competencia deportiva de evadir los obstáculos del recuerdo, suelto a Zamán del cordón de la necesidad afligida amarrado al letrero, impaciente con sus ladridos sale despavorido esperando mi compañía alejándose de mi concentración; pulso el cronómetro en el tiempo establecido, aceleré el paso pero en unos segundos distraído bajé el ritmo; decidí que esa tarde no correría y caminé lentamente por mucho tiempo por el sendero de la avenida y los estragos de mis consuelos di más vueltas que las acostumbradas; me abrumaron los pensamientos de todo lo ocurrido con la pérdida de Pablo, una víctima más de esta terrible enfermedad; el gobierno confirmó según inventario mentiroso de la muerte un nuevo repunte del covid-19, las medidas retardadas del inquilino mayor de Carondelet apuntan a una mayor tragedia, la poca colaboración de un pueblo sin rumbo es el sentir de la falta de liderazgo y amor por la patria nos conducen a un destino incierto; medidas y políticas públicas llevan a un sacrificio mayor de los que menos tienen, un Ministerio de Salud desbordado de sobrepagos con toque de queda al enfermo por falta de insumos y medicamentos, víctimas de este sistema perverso, el estado había perdido la batalla por la ambición desenfrenada de los padres de la patria.

Mientras caminaba a paso lento, me abrumaban los recuerdos cada vez más, no podía contener en el baúl las remembranzas marchitas ese ímpetu de conmociones, no había como evitarlo esa segunda semana de levantada la cuarentena y la repentina partida del colega, el alma de luto recordaba en pleno corazón de la pandemia la tragedia; recordé el día cero, Pablo no asistió a laborar, me llamó y se confesó; “compadre creo que tengo el bicho, tengo síntomas de esa nota”; “hable serio compadre”, “sí compa, por favor comuníqueme en el trabajo que no voy asistir por enfermedad”, “ya compadre”, alcancé a decir cómo se siente y cortó la llamada; preocupado todo el día con eso en mi cabeza luego de la jornada salí precipitadamente, llamé a Pablo y no contestó, dude en ir a verlo, no quería incomodarlos a él y a la familia; en tanto los recuerdos se desvanecen anunciando la llegada de ocaso.

Los ladridos descontrolados de Zamán anuncian el crepúsculo, tomo el camino a casa a paso lento; al día siguiente en la mañana rumbo al trabajo como llanero solitario una nueva jornada laboral; el banano no para a nivel mundial, el precio se ha incrementado, los ingresos son lucrativos, hoy es día de corte y la fruta ha mejorado la producción y es bueno para el humilde trabajador que lleva el pan nuestro de cada día y el puntal para el desarrollo del país.

En el descanso de medio día en el almuerzo, llamo a mi compadre Pablo; para saber cómo está y otra vez no tengo respuesta; pensé a lo mejor tiene mucho malestar y no tiene ganas de hablar con nadie; muy preocupado así pasaron 8 días, sin saber nada; ese último día, recibo un llamada inesperada eran las 11:15 de la noche, el registro marcaba compadre Pablo; me apresuro a contestar, “Compa cómo está?” recalqué, no alcanzaba a comprender lo que me decía, active el alta voz; “Compadre Jorge venga a verme, que siento que me ahogo”; “ya voy para su casa compa”. Apenas respondió agitado; “estoy en la casa de alquiler, me vine acá para no contaminar a mis padres”, “ya compa voy en camino”, me puse una camisa, salí en chancletas precipitadamente tome las llaves de la doble cabina y volé a toda marcha, las llantas rechinaron el pavimento, llegué, vi un cuadro de temor, estaba a pocos pasos de la puerta de su casa desplomado, apenas avanzó a salir; había mucha gente a una distancia de alrededor de unos 5 metros; escucho varias voces, es el ingeniero, es el vecino, es Pablito; que le pasa decía la vecina de al lado; sin dudarlo me acerque a él, su mirada me suplicaba ayuda, balbuceando con una mascarilla es su boca, apenas alcanzaba a comprender sus palabras sentía su desesperación, ¡¡¡Compaaadre ayúdemeeee!!!, no puedo respirar; cálmese compadre; no quiero morir, mi hijita compadre, ayúdeme mis padreees; soltó un llanto desesperado, no quiero que sufran; lo tomé en mis brazos con una fuerza desconocida, grité abran la puerta de atrás del carro, un muchacho corrió a cumplir con mis plegarias, logré acomodarlo, observaba su pecho como se contraía, hacía un gran esfuerzo para respirar, salí despavorido, en pocos minutos llegué al hospital del Seguro Social de Babahoyo; segundos antes tocaba el pito del carro insistentemente; para ganar tiempo a la vida, la puerta cerrada un guardia a paso lento se me acercaba, desesperado le grité, ¡¡¡Chucha abre la puerta rápido!!!; que se muere mi compadre, sin verificar mis palabras accedió; llegué a la puerta de emergencia, lugar acondicionado para pacientes covid-19; frené a raya, pité otra vez insistentemente.

Salí del carro gritando ¡¡¡Ayúdenme, ayúdenme por favor, mi compadre se me muere, no puede respirar!!! llegaron los camilleros al momento; mientras se acercaba enfermeras y médicos a la puerta a darle los primeros auxilios, yo ayudaba a empujar la camilla, ¡Compadre cálmese, estará bien!, su mirada agradeció el gesto de solidaridad. En la puerta el guardia puso la mano en mi pecho “No puede entrar señor”; “Cómo que no puedo entrar” le dije, estaba alterado, no ves que no puede respirar mi amigo, tengo llevarlo, no terminé de hablar, se alejó unos pasos de mí con su rostro temeroso, me dijo: “Amigo, por favor cálmese, hay muchos pacientes contaminados, se puede contagiar”; reaccioné y recordé lo de la pandemia, tomé mi cabeza y comencé a llorar desconsoladamente, se acerca una enfermera cubierta de un traje especial expresando solidaridad “Lo lamento” fueron sus palabras mientras extendía con su mano una mascarilla, un “muchas gracias” como muestra de gratitud, me calmé un poco, tomé asiento en las sillas improvisadas en la parte exterior de emergencia y me coloqué el antifaz de protección.

Llegó a jorobar el guardia nuevamente, “por favor debe mover el carro a los exteriores”, y ¿Por qué? contesté; “amigo llegan muchos carros con pacientes con coronavirus”, accedí sin emitir criterio a dejarlo fuera de emergencia al vehículo, en ese momento escuché gritos de llamado, ¡Ingeniero Laman, Jorgito!, no divisaba el exterior del hospital, la oscuridad y la penumbra se apoderaban de las calles, ni una alma alrededor, las rejas negras cubrían los rostros de los visitantes, no alcanzaba a divisar de quienes eran los llamados, tomé el carro y salí; me estacioné en el parqueadero de la canchas municipales de fútbol que quedaban a lado del hospital, tan cerca la felicidad y la tristeza, juntas como la vida misma; escenarios de

relajación; donde tantas veces compartimos con mi compadre, un abrazo de gol. Se acercaron dos personas al carro, no terminaba de apagarlo, eran don Pablo y doña Flor; “¿Qué le pasó a Pablito?, dígame por favor Jorgito”; le conté lo sucedido, mientras doña Flor soltaba un llanto desesperado, don Pablo la abrazó, “cálmate por favor oremos por nuestro hijo”; siempre me trató con cariño la familia, frecuentemente los fines de semana desayunaba un buen ceviche de camarón con patacones y un rico jugo de naranja en su casa, su mamá trataba a su hijo como un rey y yo era parte de ese reino.

Suena el cronómetro y me desconecta de esos pensamientos, me sentía muy abrumado, un desborde de sentimientos y aún sin haberme ejercitado tomé la ruta a mi casa y con Zamán mi fiel compañía, caminamos por el sendero a casa, está oscureciendo; llegué a mi destino, mi mente insiste constantemente en trasportarme en aquellos recuerdos, subí a la terraza de la casa en silencio, muy afligido de esos duros momentos; Zamán se acostó a mi lado, nunca lo había hecho ¿Acaso ellos sienten las emociones de un amigo desconsolado? La fidelidad una gran cualidad de los caninos; por eso son considerados el mejor amigo del hombre; no había terminado, recordé lo peor mientras me arrimaba a la perezosa del balcón, observaba la luna de sangre y un sin número de estrellas en el firmamento, desde cuándo no visitaba la terraza y de perderme un maravilloso y espectacular cielo nocturno, esa noche como ingeniero agrónomo no podía dejar de pensar en el pronóstico del cielo despejado.

Acostado en la perezosa me trasportó a ese espacio y tiempo muy penetrante; mi mente insiste en llevarme a los recuerdos; recordé despertar en el carro, me había quedado dormido, el sonido de la alarma del teléfono celular fue el culpable, anunciaba la hora del trabajo, lo apague; hoy no hay corte pensé igual no iba a ir; observé por el retrovisor a los padres angustiados en la cabina de atrás, parece que han estado despiertos todo el tiempo, don Pablo me pregunta ¿Tiene que ir a trabajar Ingeniero? “no don Pablo, hoy no voy a laborar”; doña Flor con suave voz me dice “gracias hijo”, me hice el desentendido, les pregunté si quieren o si necesitan algo, desean comer o beber algo; tomar agua o café; “no hijo” dijeron “gracias”, en ese momento llega uno de los custodios con la cédula de Pablo, él nunca dejaba la billetera, familiar del señor Pablo Santana, “Sí” dijo don Pablo “soy el papá”, el guardia responde discúlpeme pero tengo prohibido dejar ingresar personas mayores, usted no puede entrar por su edad, nos han prohibido, “soy el papá, tengo que estar con mi hijo”, “sólo cumplo ordenes don Santana” acotó viendo la cédula, usted sabe que este es mi trabajito; procuré interrumpir “yo voy don Pablo” ¿Qué pasa? preguntó doña Flor, el doctor tiene que entregarle las indicaciones respondió el celador, caminé pensando ¿Qué estará pasando? Llegué al encuentro, soy el doctor Marlon Martínez, ¿Qué es para usted el señor?, “mi compadre” ¿No hay familiar más cercano? mirando el guardia dijo: “Doctor están su Papá y Mamá en el exterior; pero se ve que tiene más de ochenta años”. Continuó el doctor dirigiendo la mirada hacia mí, ¿Cuál es su nombre? Jorge Laman; “lamentablemente tengo que comunicarle señor Laman -en mi mente divisaba un no Dios, por favor no-, que su amigo llegó con un cuadro muy avanzado y grave de neumonía, sufrió varios infartos cardiorrespiratorios, el último fue fulminante, no pudimos hacer nada, el señor Santana llegó muy tarde, hicimos todo lo posible, no resistió y acaba de fallecer”; el médico concluyó diciendo “ya le están haciendo los documentos para el retiro del cadáver”; me tomé la cabeza, tomé asiento, una enfermera me recordó “señor póngase la mascarilla”- la había dejado en el carro-, no dije nada, pensé en su hija, en sus padres; por varios minutos lloré en silencio, no quería salir; ahora cómo les digo, caminaba a paso lento ellos anunciando sus presagios, abandonaron minutos antes la cabina de la camioneta esperando en la

puerta principal del hospital, doña Flor me gritaba ¿Hijo qué pasa, cómo está Pablito?; no respondía, sentía que me desplomaba, tomaba aliento, vio mis gestos de dolor, no resistí y comenzó a gritarme sin perderme la mirada con la última esperanza, ¿Cómo está Pablito? repetitivamente, don Pablo la tomaba de los hombros, insistía ¡Dime hijo, dime hijo! ¿Qué pasa con Pablo? mientras tomaba aliento y rodeaba los cuerpos de los padres desafortunados; Pablo acaba de fallecer, sentí el grito desgarrador en mis entrañas, los más dolorosos que había sentido, los de una madre; ¡¡¡Nooooo!!! ¡¡¡Mi hijo noooo!!! ¡No puede ser, es un error!; don Pablo lloró manteniendo la calma, los abracé haciéndolos míos y lloré fuertemente en un solo dolor junto a ellos.

¡Nooo, nooo en una pesadilla! despierto y me revuelca a la realidad, la perezosa de la terraza de la casa me sostenía en un mar de lágrimas, en un mundo solitario; observo una vez más ese lindo espectáculo de la luna de sangre y las estrellas en el firmamento, una noche despejada, no habrá lluvia dicen los astros; pero desbordado de un torrencial aguacero de sentimientos y emociones en mí que me han inundado el alma, susurré al cielo, “Querido amigo, descansa en paz”.

Observé una extraña luz que resplandecía desde la calle, escuchaba murmullos, me asomé por el balcón; puede divisar la formación de un inmensa cruz formada de velas, mis padres candelilla en mano ayudaban a formar el pedido a Dios acompañando a los vecinos; alrededor de la cruz se tomaron de las manos y comenzaron a orar, me puse rodillas en silencio, alcé mis brazos y mi mirada al cielo acompañando las oraciones, pidiendo perdón a Dios y suplicando que proteja a mi familia, mis amigos, mi tierra querida tan golpeada por la pandemia y que termine con tanto dolor en el mundo entero.

Hoy domingo desperté tarde, aún afligido me levanté, llamé a mi fiel amigo, Zamán, Zamán, el can corre a mi habitación con el cariño desbordante del mejor amigo del hombre, hoy nos vamos de paseo, ladró varias veces, procuré alistarme, al tiempo mi madre me llamó “Jorge, mijo el desayuno está listo” “voy mami respondí”; llegué a la mesa, me esperaba un ceviche de camarón, patacones y un jugo de naranja, qué coincidencia; llega a mi mente recuerdos cuando mi compadre literalmente me venía a sacar de la cama los domingos un día como hoy, me decía “compa levántese” era también como de la familia, “vamos te invito un encebollado” ya sabía que era acompañada con unas cervecitas y una larga plática de lo ocurrido el día anterior, los sábados cuando nos convertíamos en animal nocturno o simples gatitos, nuestro romance era con la comida rápida y unas amigas especialistas en levantar el ánimo guardado, lindos recuerdos, jamás volverán; apenas pude dar un par de cucharadas a pesar que era mi plato favorito, no tenía apetito; mi madre consolándome por saber el dolor de perder a un amigo se sentó a mi lado me abrazó y me dijo “Es duro perder al mejor amigo, lo lamento hijo” “Sí mami, mi mejor amigo respondí”.

Salí vestido como nunca lo hacía los domingos, esos fines de semana siempre eran de sport, radiante de felicidad acompañaban a la moda una pantaloneta del equipo de mis amores, accesorios deportivos del equipo de todos y un largo recorrido en bicicleta; ahora el panorama era distinto, ahora mi vestimenta una camisa color duelo y jean con los tenis blancos de siempre.

Vamos Zamán, corrió hacia mí, tomé su hocico, hoy el recorrido es distinto, indiferente a mis palabras se adelantó al camino, asumo por el proceso conductista de ir siempre al mismo lugar, el can percibía que el recorrido y su placidez serán semejantes, esta vez el estímulo cambió y respuesta falló, ya que todos los

domingos mi fiel amigo desbordaba felicidad en el parque de la pista de patinaje y una alegría inmensa de su libertad.

Mientras caminábamos le seguía hablando a mi cachorro ahora vamos a visitar a mi compadre, caminamos por varias cuadras, pasamos por su lugar favorito, jale la cuerda, no Zamán, hoy no podemos ir, no puso mucha resistencia, siguió mis pasos viendo a sus amigos perrunos hacer gala de su liberación.

Caminamos por varias cuadras tomando la ruta de la despensa, señora Esperanza buenos días lo mismo de siempre, buenos días ingeniero su pedido de siempre es a las 10:00 de la mañana; pero son las 4:00 de la tarde le doy igual, si respondí, voy a visitar un amigo; me miró con ternura, bueno ingeniero ya le pongo, regreso la mirada con la duda pregunto le doy 1 o 2 fundas, lo digo por lo de su colega, deme las 2 fundas le dije, voy a compartir con él, saco por la ventanita de la puerta de rejas el pedido de fundas rayadas de plástico, en cada una lo mío y lo que siempre llevaba mi compadre; mientras entregaba el suelto un apretón de mano lo siento mucho ingeniero mis condolencias por la pérdida de su amigo, gracias señora esperanza tome el camino del recorrido rumbo a mi destino.

En la puerta del cementerio observe mucha gente más de lo habitual recordé lo mucho que esta enfermedad le ha arrebatado a la ciudad, este virus ha tocado muchas familias Babahoyenses; mientras caminaba miraba con incredulidad y asombro las fotos en las gigantografías de personas fallecidas, no puede ser si lo vi la semana pasada, no mi pana Gonzabay, ¿Qué le pasó?; Dios mío siento tanto dolor, mientras caminaba perplejo veo el rostro del Ing, Ramón Larenas, no puede ser tanta tragedia Señor; perdónanos alzando la mirada al cielo; Jesús terminado con todo esto no puede ver más tanta tragedia agaché mi cabeza, no mire para ningún lado y camine en silencio para reencontrarme con mi camarada; su foto sonriente de aquellas época de felicidad, tome asiento en los aposentos de un vecino de mi compadre, con permiso don Balladares, como decía la lápida de aquel señor, compa le traje para picar lo de siempre después del ceviche o el encebollado, a mi lado se acostó Zamán con una tranquilidad asombrosa, saqué la primera cerveza del six pack una corona; que trágica coincidencia, Compa le debo el encebollado y sonreí, mientras le hablaba me alzaba la cerveza salud amigo, mientras vaciaba un trago en las flores casi marchitas por la inclemencia del sol, había acabo las mías tuve un larga conversación con los recuerdos, compadre van sus 6 coronas mientras se incrementaba una profunda tristeza y el nivel de alcohol, compa se acuerda del preuniversitario, la verdad que al principio no me caías muy bien; reconozco que no sabía mucho de ti como gente, te acuerdas la compañera del curso María Luisa una mujer muy hermosa, nos peleábamos por ella nos gustaba a los dos y ella ni bola, te acuerdas ñaño se hizo de otro man y nos dejó pateados, la amiga no terminó la carrera, hasta se casó no la volvimos a ver nunca más por la UTB; hace unos meses atrás la vi, conversamos, me cuenta que se casó pero también se divorció, no te había contado le estoy tirando los perros, no te había dicho nada, para que no estés echo el cruceta jajaja, suspiré, hay hermano querido también quedó pendiente el encuentro con las amigas del karaoke para fin de mes no se va a concretar ese encuentro, compa te acuerdas los peloteos recorrimos todas las canchitas, los campeonatos de fulbito aún conservo las fotos de los equipos que jugábamos juntos, por malo nos botaron del equipo, una mueca se dibuja en mi rostro una confusión entre risa y llanto, saco mi teléfono, observo las fotos, las coloco frente a su rostro de papel y me invaden aún más los recuerdos de todo lo compartido.

Regresan a mi mente como ráfagas, el lamentable dolor que sentí, cuando el médico me dio la trágica noticia de su muerte compadre, si aún recuerdo la mirada de don Pablo y los gritos desesperados de doña Flor, el abrazo desgarrador de aquel momento, tu hermana Karin que minutos más tarde llegó a ese triste encuentro, el dolor se repitió, las lágrimas me regresan a la realidad, sueno mi nariz con mi dedos, pongo las manos en su foto, lo siento mucho compadre, tomé aire, lo llamaba en su tumba ¡¡¡Compadre!!! ¡¡¡Compadre!!!, tómese un trago mientras le consagraba un trago en las flores marchitas.

Reviven en mí ese momento de éxtasis, ese cúmulo de emociones, cuando la señora Flor en el carro a punto de desmayarse, don Pablo abrazándola a ella, Karin consolándolos mientras trataban de darle un poco de aire a su mamá. Aún el guardia estaba ahí viendo ese cuadro de dolor que no interrumpió hasta que hubo un poco de calma, me recordó, ingeniero aquí los documentos; para que hagan el trámite de defunción y de traer la caja mortuoria para que puedan retirar a su familiar, el primo de Pablo, Nelson se adelantó y dijo yo hago todos los tramites tío Pablo, se apresuró a traer la caja no sé cómo la consiguió tan rápido con la escasez que ha propiciado esta tragedia.

El guardia asumió que yo era la persona más cercana al difunto, me dijo puede entrar a retirar los restos de su ser querido, antes que yo contestara, doña Flor se adelantó y exclamó “Yo voy porque es mi hijo y quiero verlo y abrazarlo”, el guardia interrumpió ¡¡¡Nooo!!! “señora no puede hacer eso, por el coronavirus, si entendemos su dolor, pero se puede infectar”; “qué vas entender el amor de una madre” lo interrumpió, “y que me importa si me muero, ya se fue una parte de mi vida”, el guardia mudo, don Pablo más sereno, tranquila hija ya lo veremos en casa.

Caminé lentamente hacia un espacio, entré a una sala, ahí me dijeron que espere, a unos metros me detenía un portón de vidrio, quise ver a mi amigo por última vez, “espere aquí” dijo el guardia, sentado en aquel lugar solitario a la espera, con el alma desencajada y la mirada al piso, el lenguaje de señas de los camilleros llamó mi atención; para que observara ese cuadro, me impactó, me paré y subí mis manos unido al vidrio arrimé mi frente después, mientras mi mirada no podía creer mi contemplación, sólo la silueta de un varón envuelto en plástico puede diferenciar sus extremidades inferiores de su cabeza por la cinta que apretaba su cuello y sus pies; los camilleros hicieron una señal que colocarían sus restos mortales en el ataúd, asenté con la cabeza; tuve que sentarme y tomar un trago de agua de aquella botella de plástico regalada por no sé quién.

Quedé unos minutos en shock, mientras los camilleros colocaban el cuerpo en el ataúd, y ahora su familia va a sufrir más, no podrán darle cristiana sepultura, no podrán velar su cuerpo, no le darán la última despedida como debe ser; su madre no podrá vestirlo, su padre no podrá abrazarlo, su hija no podrá acariciarlo, que dolor siento en mi pecho, no podré darle el último adiós, cómo hubiera querido cargar en mis hombros a mi mejor amigo, siento un gran peso en mi espalda, por su hija Nicole, en ese momento juré a Dios frente a él, que siempre cuidaría de ella.

El primo Nelson tenía una camioneta igual a la mía, ayudé a subir el féretro, era la única manera en ese momento de rendirle los honores que se merecía, mientras llegaba a puerta de salida se desató un llanto de amigos y familiares cercanos, tomamos la ruta de la paz, trasladamos el cuerpo al cementerio, su madre asombrada en voz alto dijo; “¿Dónde vamos? tenemos que llevarlo a la casa” nadie decía nada, todos en silencio, don Pablo interrumpió “hija no podemos, tenemos que llevarlo al cementerio” tratando de

contener su voz “son los protocolos de salud; para que las personas no se contaminen del virus mira que nos están acompañando familiares y amigos no queremos que le pase a ellos lo que nos está pasando con este inmenso dolor; cuando termine esta enfermedad lo visitaremos y lo honraremos, mandaré a hacer una gran foto para la casa”, la señora Flor no dijo ni una palabra, llegamos a la puerta principal del parque de la paz a la espera, delante de nosotros otras víctimas de esta plaga, escenas de llanto y de dolor por doquier en un sistema saturado era el turno impensado aquel no querías avanzar; no podíamos entrar anunciaba un cartel solo los restos mortales; ya en la puerta de entrada doña Flor se bajó del carro y corrió abrazar el féretro de su hijo, hizo el intento de abrirlo, no quería dejarlo ir, los empleados del campo santo gritaron con piedad ¡¡¡No señora!!! No se puede, está sellado por normas sanitarias, se acostó lentamente como deteniendo el tiempo encima del ataúd y lloró desconsoladamente, don Pablo parado a un lado del carro ya no pudo más y rompió en llanto, los familiares tomaron de los brazos a los padres, Karin no atinaba qué hacer, acompañaba en el dolor a sus padres con sus puños cerrados en la boca mientras el carro tomaba la ruta final a la eternidad sin poderle darle el adiós que se merecía Pablo, estaba paralizado en un mar de llanto, solo llegué a decir “Adiós hermano del alma”; siempre te llevaré en mi corazón; se escucharon gritos de dolor, luego de unos minutos una aparente calma.

¡¡¡No, no, no!!! grité aun en el cementerio, volví a la realidad, presioné la cerveza en mi mano, mire alrededor, varias personas observaron mi reacción por un instante, no me importó, ya faltaba una cerveza, sentía los tragos de la jornada, mi voz desorbitante, se me acercó el trabajador del cementerio a quien conocía por el deporte, me dijo: “Ingeniero ya lo dejé un rato porque usted es mi pana; pero me pueden sancionar”, “ya Valladares gracias, me voy en este momento, es la última mi pana”, “ya ingeniero deje no más las botellas que yo se las boto”, me paré, lo abracé “gracias Valladares discúlpame pana era mi compadre”, “lo sé ingeniero, si lo conozco a su pana jugábamos pelota en la canchita y usted siempre se quedaba vacilando con su colega unas bielas”, así es mi pana, “ya ingeniero para que se vaya a su casa”, “ya horita me voy gracias ñaño” puse las manos en la lápida, me llené de una nostalgia por la despedida, nos vemos Pablo, lo extraño mucho compadre, me hace falta colega en el trabajo y ahora los sábados de farra y los domingo de ceviche, qué voy a hacer sin usted; arranqué varias lágrimas de mis mejillas, no pude más y lo dejé con mis emociones; tomé la ruta a casa, me había olvidado de Zamán pero me siguió el camino a casa.

Dormí hasta el siguiente día, fue un sueño profundo, lunes por la mañana no había escuchado la alarma, 8:10 marcaba el reloj, tenía varias llamadas perdidas del jefe, vuelve a sonar horas más tarde el teléfono abrí la llamada ¡Ing. Sánchez jefe dígame”; “Jorge lo siento mucho, sé que eran bien llevados con Pablo; me comentaron que andaba en todos los trámites, eres un gran amigo, quédate tranquilo tienes 3 días de permiso” sólo dije “gracias jefe” y terminé la comunicación; comprendió que no podía abandonar a mi mejor amigo incluso hasta cuando ya había partido.

No fui toda la semana a trabajar, no salí de casa, me sentía cansado con un poco de malestar; a pesar de las llamadas insististe a mitad de semana del jefe no respondí, envié un mensaje por WhatsApp indicando estaba indisponible y el lunes retomaría el trabajo, solo dio un me gusta; hoy inicio de trabajo comienza una nueva jornada laboral; muchos trabajadores, compañeros y amigos me dan las condolencias, evitan estrechar la mano los más allegados un codo de solidaridad y los más precavidos una palmadita en la espalda; el Ing. Iván Sánchez tomó la palabra y expresó sus condolencias a nombre personal, la compañía

y los trabajadores, nombró cualidades de Pablo como profesional y persona, muchas les hacía falta nombrar, yo lo conocía mucho más a mi compa; manifestó la gran amistad que nos unía, recordó anécdotas de viajes, seminarios realizados, de premios logrados para la empresa a la calidad de banano, de lo buen amigo que me porté con Pablo, hasta la última morada; no sé cómo se enteró; pero creo que es la razón de no haber reprochado por la inasistencia al trabajo; mientras concluía tomaba de la mano un objeto rectangular, lo tomó de atrás de donde estaba unos trabajadores, se lo facilitaron, se acercó a mí y me lo entregó, extrañado de saber qué era, ábrelo me dijo, comencé a romper el papel se divisaba una medalla, el rostro de Pablo, comienzo a desencajarme, terminé de rasgar toda la envoltura, un cuadro con la foto de los dos sosteniendo la medalla del premio a la calidad, no pude contener las lágrimas, sólo atiné a decir “Gracias a todos” ya no quería recordar ese duro pasado.

Comenzó la faena el jefe se despidió, le di las gracias por el gesto, tranquilo Jorge la finca queda en buenas manos, más afligido que de costumbre di algunas indicaciones, todos tomaron sus puestos de trabajo, pregunté qué es de don Pato (un señor mayor trabajador), respetuoso y amable; como decía mi abuelo trabajadores responsables los de la vieja escuela, desde ayer no viene ingeniero respondió un compañero, llamó que está enfermo dice que tiene covid-19, me facilitan su número, lo llamaré para ver cómo se encuentra.

El trabajo continua no, podemos parar, están faltando muchos empleados y tenemos que contratar más personal, esta pandemia está golpeando y afectando más a la clase trabajadora, se han tomado medidas sanitarias según los protocolos, se ha implementado lavados de manos, se ha dotado de mascarillas al personal, la empresa cuenta con los insumos necesarios como amonio cuaternario para desinfectar las zonas administrativas y las empacadoras; espero que el número de enfermos disminuya o entraremos en una crisis por mano de obra, no es buena para el Ecuador en estos momentos de necesidad, estamos generados ingresos al país, hay una gran demanda de nuestro banano; noticias internacionales ponen a la fruta como alimento para subir las defensas para combatir el coronavirus.

Hoy jueves un día más de trabajo después de la jornada todos los días he honrado a mi amigo a través del deporte en los entrenamientos en el By Pass, algunas veces me acompaña Zamán otras veces la bicicleta de ruta por los lindos paisajes de mi tierra; hace mucho tiempo no hacía recorrido, ahora soy miembro de un club del pedal; aquellos tiempos de carreras nos habíamos acoplado con Pablo a los recorridos a pie entrenamiento para las maratones y diferentes competencias con la ilusión de mantenerse en salud; nos inscribíamos como master novatos, la pasión por el deporte nos unía.

Hoy viernes medio día de trabajo la ausencia de mi compadre es mucho más fuerte en los momentos que compartíamos, el entrenamiento era solo hasta los días jueves hoy viernes era día de comida, recorríamos por la gastronomía de la ciudad es busca de los mejores manjares, nos gustaba la comida típica, los agachaditos jajaja, hace tiempo no sonreía; Sí, recorríamos las tortillas de camarón del chino abajo del departamento de banco ecuatoriano de la vivienda, las tortillas de mote de los mellizos por el hospital, las tilapias doradas de Barreiro, las tripitas asadas con tortillas de verde de don Ferrusola, qué recorrido gastronómico, unas delicias, eso sí sólo acompañado de un jugo natural de guayaba o un batido de mango o la fruta de la época que proporcionaba la tierra, nos cuidábamos, planificábamos el

entrenamiento; solo los domingos que no había competencia, vacilábamos solo unas 6 coronas, cada uno que acompañaban a buen ceviche o a un encebollado y nada más.

Sábados después del trabajo seguíamos en camino de la ruta gastronómica y luego una parada a disfrutar las jugadas de los amigos de fulbito, parqueados cerca a la canchita nos estacionábamos frente al círculo que dividía el césped de la mitad de la cancha un lugar estratégico para deleitarnos de las magníficas jugadas, subidos en el balde de la camioneta veíamos a los peloteros pasear su clase con el balón, harta pelota comentábamos en la larga conversación que teníamos en la jornadas deportivas de la ciudad, a pesar que éramos hinchas de distintos equipo; yo barcelonista, mi compa emelexista, bromeo lanzando una cascarita lamentándose, la única falla compa que es azul, me vacilaba con su sarcasmo inigualable mientras estiraba su brazo, palmas abierta y una carcajada inconfundible esperándome a corresponder con la zurda, me desquito de la broma insinuándole compa la plena que usted para el peloteo es malísimo y su sonrisa inigualable retumbaba como grito de gol; a medidas que pasan los partidos el lugar de la alegría se comienza a llenar con varios amigos, saludamos, brindaban un trago de cerveza y otros unPajarito azulito, ese sí se siente como bajaba por las entrañas la insistencia del furor de los tragos de los acalorados amigos por el alcohol proporcionaba una nueva invitación, esta vez la víctima mi compa, le pasaba el purito rechazándolo con su mirada muy bien lo conocía pero por cortesía lo asumía y agregada a la dosis pero uno nada más compa les decía, alzaba el vaso plástico como señal de venía a los amantes del futbol, para esa hora la camioneta parecía carro alegórico o de campaña política repleto de aficionados, retumbaba con la magia del gol con el grito eufórico de los amigo de la infancia del deporte de la vida los amigos de siempre.

De retorno a la realidad, todo el fin de semana en casa; lunes después de la jornada rutinaria de trabajo retomo la ruta del by pass caminando al punto de encuentro con el recuerdo, amarro la cuerda de Zamán al letrero, un breve calentamiento asimilando los recuerdos, cicatrices sanando; acelero el paso, vamos lo llamé a mi amigo can.

Acelero el paso, inhalo profundamente, me lleno de una tranquilidad desbordante, una paz en el exterior, esa ruta me enamora; observo la naturaleza de los arrozales, gaviotas pescar, aves tomado la ruta del atardecer ya di varias vueltas a punto de terminar el recorrido, de repente pierdo velocidad, me siento muy agitado, observo el cronometro solo 18 minutos del tiempo realizado aún faltaba mucho para mi acostumbrado recorrido.

Doy pocos pasos no puedo mantenerme en pie, todo se nubla, me desplomo, siento que me ahogo, que me falta la respiración, no puedo reaccionar, me desespero, entro en pánico, vienen a la mente aquellas imágenes impactantes cuando lo encontré a Pablo.

Alrededor del lugar hay varias personas, nadie se me acerca, escucho una voz que me dice: “amigo tienes que calmarte para que puedas respirar mejor”, esperé unos minutos, me tranquilicé un poco, trato de pararme y vuelvo a sentir un cansancio; como que hubiera corrido una Media Maratón de 21 kilómetros, tomo un poco de aire, me encuentro agitado, solo atino acostarme en el parterre para descansar y tomar un suspiro; minutos antes algunas personas habían llamado al Ecu 911 indicando lo que sucedía, escucho el sonido de la sirena, veo las luces de la ambulancia, tardó algunos minutos en llegar; dos personas vestidos de astronautas bajan del vehículo con una camilla, que le sucede señor, expliqué hablando lentamente,

tomando sorbos de aire; me dieron los primeros auxilios proporcionándome oxígeno por unos minutos, ¿Se siente mejor? preguntaron, hice una señal con mi pulgar estoy bien; ¿Es asegurado señor? levante mi pulgar otra vez, no quería hablar para no agitarme demasiado, lo llevaremos al hospital del IESS afirmaron los rescatistas; agité mis manos rápido y repetitivamente en señal de negación, se miraron y accedieron probablemente por la saturación del Hospital General de Babahoyo del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social y en general de las dificultades del sistema de salud pública; rumbo a casa pensando en todo lo que había sucedido y la imaginación a flor de piel; pedí al señor bendito que no esté infectado con coronavirus, no quiero contaminar a mi familia, mis padres y mi hija pasaron por mi mente sin duda mi mayor preocupación; Dios la única corona que quiero tener es la de tu salvación, la de tu inmensa misericordia; no quiero que la historia se repita, amén.

Cuál es la dirección preguntó el chofer de la ambulancia, frente a la botica de Pablo Arias contesté, asentaron con la cabeza, no hay mejor referencias todo el mundo lo conoce al concejal Pablito, como cariñosamente lo conoce todo Babahoyo, frente a la puerta de la casa aun cerrada el portón de la ambulancia el paramédico movía una silla de ruedas, no amigo le dije mientras me incorporaba de la camilla aún mantenía el respirador, lo retiré antes de abrir el portón del vehículo, no quería alarmar a la familia, gracias le dije y se marcharon con despedido alejado.

Toqué el timbre de casa no respondían, abrí la puerta despacio la casa en total silencio no había ni una alma, mejor para que no se preocupen susurré; aunque era de extrañarse, de repente mis padres salían a esas horas en ese momento recogí algunas cosas de mi habitación trate de no contaminar la casa, evité tocar las paredes y no quedarme mucho tiempo, tomé la decisión de aislarme en un cuarto de la terraza por completo, siempre fue mi rincón para los días de melancolía, ahora sería un residente permanente.

En mi mente otra vez la experiencia con mi compa, el temor me embargó y la preocupación de los diferentes síntomas de este virus uno de ellos con la respiración por una posible neumonía o embolia pulmonar, esta enfermedad tiene a todos los científicos confundidos y a toda la humanidad postrada a su corona, no sé qué hacer, dónde debo acudir, siento mucho miedo ir a los hospitales, el internet anuncia que están contaminados todos los centros de salud; pero no tenía más síntomas; me dedique a ver noticias del virus, hace días atrás había dejado de ver televisión no veía noticieros me causaba estrés, tristeza y dolor por la muerte de tantas personas, retomé la información veraz de médicos y científicos en los diferentes canales nacionales e internacionales de televisión, las circunstancias me obligaron, retome los medios de comunicación tradicional a pesar de sus mentiras conveniente a sus intereses económicos y de poder, medios corrompidos por cuota política hijos de la crítica conveniente pero becados de la corrupción en embajadas viviendo como reyes, ajenos al dolor de una patria moribunda, inferencias y críticas valorativa a la orden del día de un pruebo frustrado de tanta corrupción; la única razón de sintonizar las dichas antenas del poder era informarme de una cura milagrosa, los cuidados del encierro, las precauciones que debía tomar a causa de una posible infección y pasar a ser parte de la nómina de contagiados; una alternativa prudente, las redes sociales proporcionaban experiencias de muchas personas que habían experimentado esta dolorosa enfermedad y que habían vencido a la muerte.

Escuché mucho ruido, “Jorgito, Jorgito, mijito; dónde estás” fueron aclarándose los sonidos, era mi madre mientras cargaba en sus manos con trapos mojados las orejas de la olla, agua hirviendo con

hiervas, montes y otras especies, resaltaba el olor del eucalipto y el mentol, pero madre te puedes quemar, toma hijo para que te hagas inhalaciones; por la ventana le grite déjela fuera madre que sospecho que tengo covid-19, no mijo no puede ser, mientras negaba en su corazón con el amor de madre que algo así me pueda suceder.

Mami y como sabía que estaba aquí un amigo en moto vino avisar que estabas desmayado en el By Pass, salimos de inmediato con tu padre, recogió las llaves de tu camioneta y salimos flechados; pero no te encontramos, recorrimos el hospital del seguro y el hospital Martín Icaza y no había llegado ninguna ambulancia, te llamó tu padre y no contestabas; dejé el teléfono mami, cuando llegamos a casa las vecinas nos conversaron que te habían traído en una ambulancia, claro nunca faltan los parlantes del barrio te pusieron al tanto de lo que vieron y lo demás se lo inventaron agregue; para ese entonces comenzaba a toser ligeramente.

Bueno, bueno George siempre me llamaba así cuando estaba preocupada o enojada, no hablé más del tema, “Ahí te dejo la olla mijo”; más tarde te subo la comida, luego de 30 minutos otra vez en la ventana del cuarto, mami que hace aquí ya le dije que la puedo contagiar, ya en la terraza había llevado una mesas donde coloco un jarrón cervecero, tómatelo horita calientito un jugo de limón con jengibre para que limpie los pulmones mijo y te quite esa tos seca.

Media hora aspirando cubierto por una colcha tigre sudaba como testigo falso, me sentí un poco aliviado, más tarde con el amor de madre inigualable me toca la puerta y le sirve a su amor su merienda, mijo te dejo la comida, degusté un sancocho de Campeche acompañados de una corvina asada con ensalada de tomate seguido de un jugo limón picante que delicias las que nos da nuestra tierra montubia y las manos mágica de quien las prepara mi madre querida, comí muy poco, estaba perdiendo el apetito.

En la noche tomé un baño de agua tibia, aún me siento un poco agitado, la tos ha calmado un poco, me dediqué a dejarme persuadir por los noticieros estelares mientras en redes sociales buscando información de la cura; el escándalo del momento en plena pandemia un círculo de politiqueros hacen de las suyas a través de testaferros mientras llenan los bolsillo con dinero que huele a enfermo, mercaderes de la muerte de un país exprimido por acreedores si corazón; a dónde irá a parar las coimas y mientras tanto el dolor se multiplica pero en nada se compara a la avaricia el sobrepeso de los contratos alcanzan valores desorbitantes, no respetan ni el honor del alma, fundas para cadáveres al costo de un pedacito en el cielo, ¡Miserables! aquí la pagarán y en el más allá serán rematados; la gente denuncia escándalo tras escándalo en redes sociales lo que la prensa quiere callar, ahora la TV funge de contadores de tragedias diarias, los infectados ha sobrepasado el millar no pude dejar de sentirme entristecido, al ver tantos muerto me generaba depresión y actualmente más preocupación por mi vida.

Son las 11:00 de la noche como nunca me he quedado hasta esta hora despierto, me alisto a dormir en eso tocan la puerta, “Sí mamá” pregunté, “no mijo soy tu padre ¿puedo pasar?” la voz de mi padre me alertaba, “papá si tengo el virus te puedes contagiar”, mientras abría la puerta sin preocupación a mi súplica, escuchó la voz de su corazón, entró y procuré colocarme la mascarilla y un poco de alcohol en mis manos para protegerlo acostado en la cama él a mi pies me decía vas a estar bien, Sí papá, tranquilo, no he sentido nada para desvanecer sus preocupaciones, solo un poco agitado, mijo tienes que decirle la verdad tenemos que estar unidos, tomó de un tarro de leche en mi escritorio un lápiz con las 2 manos y lo

rompió, esto pasa cuando uno está solo ahí somos muy frágiles, es más fácil quebrarse; luego tomó 5 lápices más, trató de hacer lo mismo y fingió no poder; cuando estamos unidos nadie ni nada puede quebrantarnos, desde niño papá será mi ídolo, mi superhéroe, el guardián protector, mis frustraciones de su sangre de campeón; la clase de mi padre muy didáctica más claro que el agua, comprendí su enseñanza a cabalidad, se sentó en la cama tomando mis pies me transporte a los 5 años de edad, cuando los besaba de izquierda a derecha, soy zurdo como mi abuela anhelaba que se haga mágica; mientras me refrescaba la frase que colgaba en su pecho en un gran cadena de oro sin valor material, lo más valioso las palabras incrustadas en su pecho, hijos míos ustedes son mi razón de vivir, esa frase siempre tuya la llevaré en mi corazón para toda la vida, mientras acariciaba mis pies como aquel niño; arremetía con sus cuidados, tienes que comunicarnos todo el tiempo si tienes síntomas con tu mamá estamos muy preocupados, estamos pendientes de ti todo el tiempo, la llamas y nos dice que está pasando, si papá yo les aviso, tuvimos algunos minutos de conversación de varios temas como nunca lo habíamos tenido, me dio un beso en la frente, no lo pude detener, es mi padre .

Me despierto repentinamente en la madrugada, un escalofrío recorría mi cuerpo me apresuré a colocar la colcha, me sentía caliente, así llegó el amanecer, en la mañana el escalofrío había cesado, me sentía acalorado, comencé a experimentar ciertos síntomas; dolores debajo de mi hombro derecho por lapsos de tiempo indeterminado, durante todo el día sentía como el dolor recorría hasta el brazo, al día siguiente amanecí sin temperatura pero en la mañana volvieron los dolores, ahora en mi hombro izquierdo, trataba de negarlo sólo son dolores musculares por la fatiga de ejercicios y el estrés, me hacia el desentendido, no quería aceptar que tenía que ver con el coronavirus, durante dos días un poco de fiebre y luego los síntomas desaparecieron; así como llegaron, repentinamente.

Estaba en duda si había contraído el virus, tomé mayores medidas de salud, más protección, uso constante de mascarillas y guantes; así inicie mi semana de trabajo me sentí normal; el banano seguía incrementando su producción pero reduciendo el personal, por la falta de muchos empleados enfermos cada semana se debía contratar nuevo personal, a pesar que la empresa había tomado medidas de protección, desinfectado con amonio cuaternario y la toma de temperatura del personal; muchos fueron regresados a sus casas así pude comprobar que mi fiebre había cesado.

Quince días de rutina de trabajo sin dejar los ejercicios físicos todo con normalidad, ahora los sábados hacia las compras de la casa, mi rito había cambiado todo enmascarado, gorra, gafas negras y armado con frasco de alcohol para desinfectar los miedos, buscando economizar visitaba comisariatos tiendas de legumbres, frutas frescas de mayoristas en medio de una desorganización y el peligro inminente de no guardar las distancias, no se respetaba el confinamiento peor el distanciamiento social, el peligro era inminente.

Sábado por la noche no salí de casa, acostado en la cama extraño a mi hija con el deseo que viva conmigo aún aspiro la custodia, sin concluir en buenos términos llamo a su mamá, una videollamada alerta mis deseo con la esperanza de un click afirmativo, contesta distraída sin observar los datos del remitente, sin saber quién es, eso asumí por la evidencia de las muecas de la madre indiferente que disimulaba la pantalla al ver mi rostro despreocupado, “Nicole es tu papá” dijo y aparece el ángel sonriente de mi hija, “hola papito” fue su primera reacción, “hola mijita, como estás mi preciosita”, “bien

papi te extraño mucho papi” mientras hacía una carita triste, es mi bebé, apenas diez añitos mi princesa, “yo también te extraño mijita” “mañana domingo vamos a visitar un amigo y luego al parque infantil” le encantaba la idea, su mamá preguntó del otro lado del teléfono, al momento un “bueno papi”; a las nueve estas lista mijita, “chao papá” mientras nos persignábamos y nos dábamos la bendición de siempre.

Más tarde sobrevolada por mi cabeza una fiebre intensa y el no poder cumplir la promesa, esa noche volvieron los síntomas con más violencia, no pude dormir, una temperatura ardiente y un escalofrío incesante me debilitaba y yo sin ningún medicamento, ni una paracetamol, me había confiado que esto había pasado; por la mañana bajó un poco la calentura, ahora los dolores eran en toda la espalda, recorrían hasta mis costillas, una tos seca apareció en descontrol, el trono que me esperaba frecuentemente mi supermamá a base de aguas aromáticas y evaporizaciones logró calmar la tos, todo el día pasé en cama con malestar.

Llamé a mi hija mi mayor preocupación, ella contestó y le dije: “no podré ir a verte mijita”, ¿Por qué papi? preguntó “estoy enfermito”, comprendió, sabía que no le mentía “que este bien papi cúrese y después me viene a ver”, se despidió con un beso, me dio mucha alegría verla; pensativo me pregunté y si el paseo se hubiera dado que habría pasado con mi bebé; gracias Dios por cuidar a mi ángel.

lunes en la madrugada una fiebre mucho más fuerte volvió, el escalofrío, la tos no paraba, el dolor de espalada no cesaba, durante 4 días solo me calmaba las aguas milagrosas de mamá con las evaporizaciones , me hacían toser mucho y escupir una baba blanquinosa que nunca había expulsado, mi boca un malestar en todo el cuerpo, había conseguido paracetamol ahora en mis manos lo único que calmaba la fiebre por unas horas así pasaba todo el día, me desanimaban las dudas y se comenzaron a convertirse en razón.

Elevé mis oraciones al señor antes esporádicamente en un mal sueño, tomé el rosario colgado en mi pecho entre mis manos el mismo que días atrás colgaba del ropero, pero con la necesidad de ser escuchado y recé.

Al día siguiente me sentía peor, varios síntomas habían desafiado mi cuerpo, la comida no placía ni un poco, en contra de mi voluntad me llevaba la cuchara a la boca con la extraña sensación de determinar lo que sucedía no me había percatado después de varias cucharadas que la comida no tenía sabor había perdido el sentido del gusto, aún con dudas mastiqué un hoja de eucalipto, no tenía ninguna sensación, descubrí otro fatal razón el olor fuerte del recuerdo de la hoja milagrosa había desaparecido, mis órganos sensoriales habían perdido la percepción inequívoca y con lo que terminaron mis dudas razonables, estoy casi seguro de que estoy infectado; como las experiencias contadas de pacientes diagnosticados con covid-19.

Miré por la ventana del cuarto de aislamiento de la terraza, le pedí mucho a Dios por mi vida, como católico practicante decía mi herencia religiosa, no era más que un pecador que no ejercía con devoción, las nubes resaltaban una mañana amenazadora pronostican tempestad en las alturas y una tormenta perfecta en mi vida, un corazón lleno de temores en ese momento acepté que tenía coronavirus, era un síntoma irrefutable.

¿Y ahora, qué haré? la pregunta daba vuelta en mi cabeza con todos esos síntomas incrementándose, me sentí más abrumado no sabía qué hacer ni a dónde acudir; me atrapó el día y la noche con dolor espiritual, mental y corporal.

Una noche más envueltos en la sábanas, ahora el escalofrió del alma acompañaba al dolor corporal con la sensación de la batalla perdida, tomé fuerzas y retomé mis oraciones con más fe no podía dormir aquella noche, la fiebre era insoportable, me levantaba a cada momento sentía mucha sed y cada 5 minutos a orinar, amanecí con las justas.

No podía más, recordé, ayúdame que yo te ayudaré, cuídate que yo te cuidaré, necesitaba auxilio profesional 8:00 de la mañana la desesperación me embarga, llamé al consultorio médico del doctor Jimmy Orozco especialista en radiología, “Doc. quiero me ayudes con un examen del pulmón” “que fue Jorge qué te sucede”, “sospecho que tengo coronavirus”, “vente a las 11:00” respondió el médico, a esa hora es tu turno si te preguntas en la puerta la enfermera, fueron 3 largas horas a la espera de lo que sentía, en la puerta de la clínica varias personas esperando por su turno, en la calle paciente enfermos y familiares esperaban el llamado en un ambiente que huele a covid, los empleados con la puerta cerrada cubiertos de pies a cabeza, me acerque a la hora establecida, “tengo un examen con el doctor Orozco”, “cuál es su nombre”, “Jorge Lamán”; “Sí, es para las 11:00, espere unos minutos”, de repente sale el doctor “pase señor Lamán”, en el tomógrafo, “sácate todo el metal y acuéstate” fueron pocos minutos, “hermano vente a las 13:00; para darte los resultados como puedes ver horita estamos full”; antes de la hora prevista veo la llamada del radiólogo, respondo apresuradamente, Jorge efectivamente tiene un cuadro de neumonía, tienes covid-19, en este momento te envío la receta; para que tomes los medicamentos lo más pronto posible, el diagnóstico fue gratis.

No tenía fuerzas, el espíritu por el piso, la tragedia era confirmada, aún confundido sin saber qué hacer, en cama alzo la mirada al cielo, mi señor qué hago, por momentos el temor era mayor que los síntomas, avivé las historias de infartos, los recuerdos de Pablo, medicamentos con efectos secundarios que podían causar la muerte, muchas cosas se confabularon en mi cabeza, forjaron mis oraciones una relativa calma, iluminan mis pensamientos, vienen a la memoria recuerdos de un amigo de infancia, desde niño una gran persona ahora un excelente profesional, el médico humanista; me arriesgué a contactarlo, la llamada se abrió al instante “hola Jorgino” me dijo, así me llamaba mi amigo, el doctor Galo Pino, “quiero que me ayudes ñaño tengo coronavirus”, “cómo sabes te hiciste el examen”, “me hice una tomografía de tórax dime que hago”, “primero tienes que calmarte, tienes que estar tranquilo y aunque parezca exagerado debes hacerle las nebulizaciones cada tres horas recalco, envíame foto de la tomografía, efectivamente tienes covid-19” lo ratificó, “te envío la foto de la receta, alguna cosa me llamas con total confianza a cualquier hora”, muchas gracias Doc., respondí, sin duda palabras de aliento de un amigo que me dieron fuerzas para luchar.

Un rayito de luz me da fuerzas de esperanzas las dos recetas las mismas prescripciones me apresuro a conseguir los medicamentos, algunas farmacias promocionaban el servicio exprés, fue difícil conseguirlos y a un alto precio de lo normal no estaba para ahorros, el costo sería la vida.

Ya en mis manos la famosa Azitromicina y otros medicamentos que atacan a los síntomas, los contenidos en redes sociales; médicos, epidemiólogos invitados a medios de comunicación, manifestaban

tener mucho cuidado con la cloroquina dicho fármaco debe ser proporcionado por un especialista debido a que afectaba el corazón y podría causar paro cardíaco, apelaban al uso cuidadoso del medicamento bajo receta médica, en mi caso eran 2 los profesionales que había consultado, pero consciente que esta enfermedad no tenía cura, solo una medida paliativa para combatir los síntomas, mi cuerpo debía defenderse y expulsar a ese extraño invasor recalcaban.

De inmediato inicie el tratamiento aún aturdido por la inclemencia de los síntomas tuve un poco de calma, seguí las recomendaciones de continuar con las aguas milagrosas de mamá, otra vez mi vigilante imparable tenía razón, muchas evaporizaciones con la colcha tigre no dejaba escapar ningún pavor, a pesar de la fiebre 40 minutos después me aliviaba me sentía un poco mejor, mamá con reloj en mano cada tres horas infaltable con la olla caliente, las evaporizaciones me hacía mucho toser y desgarrar hasta las entrañas.

Esa noche pude dormir mejor, tuve más confianza en la receta de los profesionales de la medicina y el devaluado paracetamol, los medicamentos a la hora establecida; para la mañana el escalofrió cesó, la fiebre disminuyó, me sentía más confiado, gracias Dios me siento mejor sígueme protegiendo con tu inmensa misericordia; aún sin apetito mi madre intentaba alimentarme, los estragos no habían concluido, sólo se habían apaciguado.

Un nuevo día me daba la bienvenida y nuevos síntomas aparecen, ahora el rey del trono acompañado de retorcionas en la boca del estómago un concierto de movimientos y sonidos, son los estragos de los efectos secundarios así todo el día con malestar al cuerpo amanecí deshidratado, todo el día la escena fue peor, la noche se hacía larga, rogaba a Dios que amanezca.

Al tercer día desmejoró todo mi ser, desperté mal totalmente descompensado, sentí un peso en mi cuerpo, me incorporé en el filo de la cama, me paré, me quede estático, la debilidad por unos segundos me hizo perder la visión, no veía nada solo un mar de leche divagando por mis ojos desorbitados de la mirada perdida, me senté nuevamente y le pregunté que me está pasando Señor, el baño a pocos pasos me costó llegar; parecía haber corrido en una competencia, me faltaba el aire, frente a la cama me lancé bruscamente de espalda hacia atrás, me quedo impresionado y muy asustado, la silueta de mi cuerpo se desprende en frente de mis ojos, segundos de atrasos de alma o el espíritu retomando mi cuerpo, quedé impactado con esa experiencia, acaso estoy más cerca al otro lado.

Muy asustado, desanimado y sin fuerzas seguía colapsado a la cama, no quería levantarme, un terrible temor me invadía, comencé a rezar, luego de una hora me levanté lentamente contando los movimientos, miré por la ventana en un cielo despejado; alcé los brazos al Señor y oré; el Padre Nuestro, El ave maría, la oración por la familia y el ángel de Dios, me acosté sentí una enorme tranquilidad, aún con un relativo malestar, me quedé dormido, luego de unas horas me despertó una tos seca que no paraba.

Me levanto lentamente pidiéndole permiso a la vida, un sudor frío recorre mi cuerpo, comencé a sentirme agitado ahora la presión arterial me hace una mala jugada, me tomó unos minutos incorporarme por completo, en el velador acompaña un jarrón de agua con limón, bebo un poco para aplacar mi sed y disminuir la tensión.

Los efectos secundarios de los medicamentos me están pasando factura, no los asimilo causando delirio constante de perecer, ahora recorro al tensiómetro, evalúo constantemente la presión arterial, al punto que estaba al borde de padecer psicosis postraumática, los cambios bruscos indicaban cada vez más baja la presión arterial la ciencia la llamaba hipotensión, el ritmo cardíaco le llevaba la contraria cada vez más elevada, esa contrariedad me arrastraba a la desesperación de un infarto, mi ánimo decaía, Señor acaso es mi hora, me arrodillé con mis brazos en la cama en silencio suplicando detener la partida.

Temo un paro cardíaco, imploraba por mi vida me recosté a la cama ya no había fiebre ni malestar, la tos y el trono no me abandonaban llega la noche la presión arterial y el ritmo cardíaco al compás de un péndulo, suenan las alarmas corporales el tensiómetro digital marca las medidas, un récord en la baja a 80/40 y el ritmo cardíaco hacia la cúspide marcaba la imagen de un corazón palpitante en 104, siento un poco de mareo, un sudor frío recorría mis extremidades, me sentía muy afligido, me recuesto sin esperanzas, trepo los pies en la litera por encima de la altura de mi cabeza para regular los niveles dicen los manuales, tomo el rosario con mis palmas en un amen, Dios te pido protege mi familia, cuida a mi hija y a mis padres, rodaron lágrimas por mis mejillas, sin un gesto facial, lo acepté; en esos momentos, pasó la película de mi vida enfrente de mis ojos, desde que mi padre beso mis pies, mi madre mi primer amor, la pelota por varios escenarios, la chica que se fue, la universidad, mi compa Pablo, mi hijita preciosa; la vi nacer, su primeros pasos, su primer Papapa, su futuro quiero ser doctora Papá, me decía, quiero curarte cuando estés viejito, las emociones se multiplicaron, hice pucheros, las lágrimas del silencio se desbordaron en una cascada de sentimientos encontrados.

Derrotado en silencio, las oraciones no claudicaron, me humillo ante ti Señor, permite educar a mi hija, una llamada inesperada ya tarde en la noche, recordé las llamadas insistentes a Pablo, los lápices de papá, el ayúdame que yo te ayudaré, sonó el teléfono sentí un rescate del precipicio, la voz de alguien que no llega por casualidad, ¿Jorgino cómo estás? te saluda Galo Pino, cuénteme compadre como estas eran sus palabras de sostén, Galo estoy muy mal, le di los datos estadístico y el pico máximo, Jorge tienes que calmarte y tomar la decisión, ya debes ser atendido por especialistas, pero Doc., dicen que está infectado el hospital, no sé qué hacer, tengo miedo doctor, anda con fe hermano, es el momento que tienes que recibir atención hospitalaria.

Respiro profundo, era el momento de tomar la decisión a lo desconocido, con la fe desbordante y el temor desafiante, abro el cajón del velador mientras acomodaba los documentos personales en la billetera una foto de mi hija detrás, el niño cuidando sus espaldas, dinero en efectivo por si tengo que sobornar a alguien por mi vida, llamo al teléfono convencional, había mantenido todo el dolor y los temores en silencio, “Aló Papá”, ¿Qué pasa Jorge?, “tranquilo papá, estoy bien en este momento, me siento tranquilo; pero he decidido ir al hospital del seguro de Babahoyo, en unos minutos bajo”, me preparo para luchar, una mochila con el escudo de Barcelona cargada con mis miedos y esperanzas me acompaña a la batalla, chompa a la cintura, gorra y gafas oscuras, mi madre me esperaba con la colcha de la selección del equipo de todos con la frase del ¡Sí se puede! que ya la había olvidado, era el regalo de mi madre la colcha preferida, mi padre a punto de arrancar el carro y tomar la ruta rumbo con regreso a lo incierto me esperaba.

Llegamos al lugar donde días atrás trasladé a mi compa Pablo, el mismo guardia me abordó, esta vez iba de copiloto, me miró y pudo reconocermme según su reacción, solo abrió la puerta, en los exteriores me esperaba la carpa improvisada de emergencia, me senté, me tomé la cabeza, sentí la culpa desprenderme de mis hombros, lloré desconsoladamente, mi padre me abordó en una jugada rápida, me arrimó a su vientre, me cogió desprevenido, no tuve tiempo a nada, me dejé llevar por su consuelo, yo no te voy a sepultar me decía, tú me vas a sepultar reiteraba; su abrazo me quitó un gran peso de encima.

La enfermera me tomó los datos demográficos mientras señalaba señor Lamán tiene que tomar un turno en emergencia, me despido de papá, un beso en la frente me sacude, su amor no me quiere dejar ir solo, su valentía en aquel ambiente contaminado se hace un desplante al miedo, no le teme al virus, sino perder a su hijo; camino a la puerta del hospital volteo hacia atrás rescatando los últimos instantes de despedida, papá aún en la puerta del carro coordinamos las palmas del adiós; en la sala de emergencias un enfermero toma mis signos vitales y los datos digitales indican que el miedo está normalizado.

Diez minutos después la máquina del turno anunciando mi llegada con el examen de la tomografía en brazos, ingreso a un mundo de temores un cuadro de dolor me recibía con los brazos abiertos, gente por doquier, camas saturadas, sillas de ruedas estacionadas con infectados, venga al consultorio me recibía la doctora; García decía la bata blanca con su nombre bordado al corazón, cuénteme señor Lamán, acotó; proporcioné las imágenes y los síntomas, suministró el mismo diagnóstico conocido.

“Señor Lamán queda usted internado”, “vengo preparado doctora a dar pelea”, me ignoró, solo siéntese señor y espere, no hay donde le dije, un camillero traía mi vehículo y comienza la batalla del sistema de salud con mi enemigo, vía conectada, sueros, pinchazos y medicamentos son mis aliados, varias horas así con los vecinos desencajados, luego de unas horas al fin hay hospedaje para mí; médicos y enfermeros iban y venían en el recorrido rumbo a mi hospedaje un cuadro doloroso, una niña en camilla, su madre acariciaba su frente con un pañuelo mojado, su hija de apenas 8 años con sus ojos desorbitados imploraba cariño, la más grande demostración del amor maternal, el más cercano a Dios, me apenó mucho ver ese angelito postrada en la camilla, mientras el auxiliar guiaba mi recorrido, alcancé a decirle mijita linda que Dios te bendiga siempre, su cabeza se recostó a un costado, inhaló profundamente, la madre me observó al pasar moviendo su cabeza lentamente de arriba hacia abajo.

Ya en mi habitación de emergencia fui inquilino del paciente 3, había llegado horas antes, Juan Beltrán decía la pizarrita de acrílico, otros datos más acompañaban la historia clínica del paciente, saludé con recelo buenas noches para no interrumpir sus plegaria, respondió con un hola desconcentrado, tomé mi cama el lugar asignado a la pared frente al baño, nos separaba una bacinilla, la oficina de recepción a pocos pasos una cortina café a medio cerrar ocultaba las dolencia, ese día amanecí temprano.

Horas más tardes en la mañana comencé a toser descontroladamente, las enfermeras observaron a las distancia los estornudos, se hicieron las desentendidas al principio, segundos después los sonidos redundaron en un diagnóstico respiratorio, no me calmaba las molestias, se apresuraron a colocarme oxígeno y mi tos se calmó, minutos después un camillero llegó con una silla de ruedas, observando el cartel se dirigió a mí, señor Lamán tengo que llevarlo a rayos X, mientras tomábamos el camino por el pasillo, dejó de empujar la silla. fue solicitado de emergencia, un vecino de alado había visitado el piso precipitadamente una caída resonante se escuchó, enfermeras y auxiliares despavoridas a resguardar al

paciente del suelo, esperé en la silla de ruedas por varios minutos, mientras observaba por el pasillo en la distancia un bulto negro, se divisaba a dos camilleros empujando el carruaje de un cadáver envuelto en plástico frente a mis ojos, me impactó, recordé lo de Pablo rumbo a rayos X no pude dejar de preguntar quién era, un varón camino al cielo respondió el auxiliar mientras conducía a un cristiano arrepentido y la gran diferencia la vida.

La imagen impactante en mi mente por un lago rato, de regreso a la cama pensé en la familia de aquel sujeto, el inminente sufrimiento más aún en esta época de protocolos solitarios, lo viví con mi compadre y los suyos, el temor que los míos pasen por la misma situación me absorbía, ya de retorno en cama cuando el terapeuta interrumpe la distracción, señor Lamán debo tomar una muestra de sangre, le vamos hacer una prueba, tiene estar tranquilo le va a doler un poquito, tomó mi mano derecha, zona de guerra de las jeringuillas por doquier, golpeando con su dedos a unos centímetros del pulgar para que se agitará la sangre cerca del pulso, relájese y apuntó con un ojo clínico, introduce la aguja, no encontraba el lugar por segundos eternos, no se mueva por fin encontró el lugar que buscaba la arteria; mientras me retorció en silencio vi extraer un tubo de sangre; realmente fue doloroso.

La fatiga del procedimiento me extenuó por un par de horas en un profundo sueño, me levanto con la camisa ensangrentada me había enredado con el catéter y la vía, la canalización está fuera de servicio, había fallado mis sueños en reposo, la sangre encharcaba la sabana, procuré llamar a la enfermera, “Licen, licen estoy ensangrentado” ya de madrugada nadie se había percatado, se apresuró mientras me sacaba la camisa en reparo de la escena.

Por la mañana varias llamadas perdidas de mi madre, números registrados y desconocidos con sus mensajes me animan a despertar, solo tenía ganas de respirar, me acompaña el desayuno dietético, no tenía ninguna sensación de alimentarme, no deseo dije mientras la auxiliar se adelantaba con sus consejos tiene que comer y dormir boca abajo para que se pueda ir más rápido a casa Jorge; sino va a seguir teniendo problemas con la respiración, mientras trataba de ver entre sus seguridades de quien se trataba, soy María Bueno, acotó al tratar de adivinar quién me atendía, recordé a la compañera de colegio, hola Mary agradecido por tus atenciones y tus palabras, me propuso una atención solidaria y su horario, mi turno es hasta mañana por aquí estaré apoyándote, la mímica de un gracias que no se vio expresé a través de una mascarilla no que no dejaba ver mi gratitud.

Al amanecer la sala de emergencia estaba colapsada, el transito había aumentado por todos lados necesitaban más espacio y los huéspedes habían recibido la atención fundamental, la propuesta alojarme más arriba, rumbo al segundo piso de pacientes covid-19, la habitación 114 me acogía, ahora le faltaba luchar a mi cuerpo, continuar la batalla con los soldados de mi mente el espíritu y con mi comandante Jesús.

Una llamada desesperaba me aborda era mi Madre “hijito como estás”, me sentí estar en los brazos de mamá, su voz me trasmite serenidad, no quería preocuparla, muy bien mami aseguré y “cómo están ustedes en casa” pregunté con el temor de que si el virus se había expandido, aquí en casa preocupados con tu Papá a mi lado se encuentra mijito escuchando el desenlace de mi visita, mamá contenta me informó de la farándula, varias personas familiares y amigos han preguntado por ti te mandan saludos estamos haciendo cadena de oraciones, gracias viejita, mi gratitud eterna a cada uno de ellos, tienes que

decírselo madre, tu papá quiere hablarte, “hola cómo estas papá”, pensando en ti mijo con la fe de que vas a regresar a casa, Sí, papá mucho le pido por todos, cuídense los quiero que DIOS los bendiga, corté la llamada simulando que todo está bien.

Una habitación fría me esperaba acompañado de otra cama vacía distanciamiento social en el hospital decían la gente no acudía, el temor los invadía, medicina general ni especialidades atendían las citas de cardiología suspendidas aunque el corazón no esperaría, sala de terapia suspendida, el personal de laboratorio clínico cumplía su turno planificado, rayos X a su máxima capacidad con las imágenes pulmonares al momento, las dependencias administrativas aisladas; todos los esfuerzos y cuidados al máximo a pesar de los presupuestarios de estado.

Una larga noche me esperaba, veces se taponaba la vía mano hinchada y adolorida, sueros desfilando por mis venas, un escalofrío penetrante me aturdí, temblaba rechinando los dientes arropado de pie a cabeza con la colcha de salvación de mamá, por momentos no abastecía la solidaridad de María que reaparece con almohada y cobija para cubrir mis miedos, la fiebre no ha parado algo estaba pasando, un junta de enfermeras aparece de improvisto en mi habitación, la posible solución el paracetamol, sueros y vitaminas a ritmo del rayos ingresan a mi cuerpo en un instante, una nueva visita inesperada a mi cuerpo la inyección al obbligo por problemas de hígado y de páncreas una posible hepatitis mellitus aparece y no me lo esperaba, pruebas de presión, ritmo cardíaco, nivel de oxigenación y electrocardiograma anunciaban una desproporción en mi salud.

El paracetamol en frasco de vidrio a gota gorda al momento se descargó, el regalo milagroso para aplacar los temblores, me sentía, mejor la fiebre descendió y mis esperanzas recuperadas, no pegué un ojo en toda la noche, las enfermeras en la revisión de rutina, la enfermera en el recorrido de rutina inicia una conversación amena, “¿No puede dormir don Lamán?” No, asenté con la cabeza, no quería hablar, cada vez más y más me sentía agitado, en señal de mi respuesta indicé: “le apago la luz y le cierro la puerta para que pueda dormir”, ¡Noooo! grité sin ninguna razón lógica aparente, solo no quería ver ni estar encerrado con la muerte.

A la mañana siguiente retornaron los pesares, la fiebre aumentada acompañada de una tos incesante, el respirador no abastecía, hice mis oraciones como todos los días, Dios permita salir de esta, me calmé, el desayuno en la cama era un martirio tratar de comer, me tomaba horas poder hacerlo con una fuerza de voluntad insuperable, el médico residente de visita ¿Don Jorge cómo está? “Doctor siento que me falta el aire, sufro de fiebres intensas y escalofríos en las noches” tomó su estetoscopio, recorrió mis pulmones, respiré profundo, “mantenga la respiración lo más que pueda” “doctor no pudo me falta el aire” “lo voy mandar a tomar otra tomografía de tórax, pero recuerde debe estar acostado el mayor tiempo posible boca abajo, ya las enfermeras le suministrarán otros medicamentos según los resultados del examen, veremos que hacemos”. Los malestares aumentaron en la noche el momento de temperaturas altas, ahora el paracetamol estaba fracasando, sentí temor de lo mismo, ya no calmaba como antes, mis oraciones se incrementaron, pedí a la virgen María que interceda por mí; quiero volver a casa.

Amanecí un día más de vida, por la ventana una franja deja entrar un rayito de luz me levanto cada día con más dificultad, arrimo mi cabeza a la ventana, observo un esplendoroso amanecer, el cielo despejado, un sol incandescente al fondo, claramente la cordillera de los andes y el majestuoso Chimborazo en sus

faldas de un blanco angelical, muchas aves volar, ahora los valoraba más con la presunción que me faltaba poco tiempo, cada vez más me faltaba el oxígeno, tuve que acostarme, a cinco pasos de la ventana poder acercarse parecía una hazaña deportiva, por más que tomaba impulso mis pulmones no lograba saciar los impulsos.

Minutos después se presentó una joven mujer de no más de 1.50 metros, otra gladiadora en esta lucha, soy la doctora Ferrusola, mi colega el doctor Lemos el día de ayer le envió unos exámenes y según los resultados su neumonía ha aumentado, vamos a cambiarle el sistema de respiración y colocar un respirador distinto para que se sienta mejor, un respirador en forma de mascarilla con una botella a la altura del mentón agregaron a mi nariz, al principio me alivió después fue una molestia a partir de ese momento, las visitas de los médicos eran más frecuentes.

Toda la noche y madrugada cada vez más enfermo, amanecí derrotado, sueros como arbolito de navidad goteaban al compás de mi corazón, más rápido. Aun inyecciones por el ombligo, prueba en la arteria, signos vitales por los cielos, no quería saber nada de mí, mi Dios me estas llamando para estar a tu lado, mientras observaba ese espacio en la ventana por donde podía ver en el firmamento vi el rostro de hija sonriente, podía escuchar su voz, los rostros de mamá y papá.

Llamadas perdidas de mamá, no podía contestar y simular estar en paz, mensajes en visto sin ganas de valorar, inicié el viaje tomando el camino de despedida, llamé a mi hija “Hola mi niña bonita” “hola papito ¿cómo está?” me tuve que contener tomando el último aliento que resistía “Hija linda te quiero mucho amor, sin ti no puedo vivir” “¿Papá qué pasa?” me dijo ¡No papá nooo! presintiendo la partida, “nada mijita sólo quería escuchar tu voz” se calmó, “quería saludarte” esta vez no fue video llamada pero no se extrañó, con un beso le dije adiós, era el turno de mi papá y mamá, “Hola mijito ¿cómo estás?” “bien estoy en paz” “necesitas algo hijo para llevarte en este momento” “no, gracias por preocuparse por mí, son los mejores del mundo, los amo con mi vida” interrumpí con el pretexto de un examen de tórax, pedí perdón con la sensación de dejarlos intranquilos, un lo siento con los dientes apretados, recordé a mi hermana Karin con sus frases de afecto y solidaridad, le hice una videollamada simulando conservar el aliento, “Hola ñaña cómo estás? “Bien, y tú ñaño” “bien estoy en paz, como están los bebés” “si bien”, interrumpí con la última mentira; le pedí que grabara la última imagen, mi mejor sonrisa, respirador en boca y pulgar al cielo me despedí, recapitulé mi vida, escucho el llamado ante el Señor, he sido un excelente hijo, un buen padre y un excelente ser humano ya no cabía dudas de partir en paz.

El ritmo cardíaco se aceleró, pude observar a la enfermera divisar en el monitor “tiene taquicardia” gritó, siento que me ahogo, comienzo a perder el conocimiento, se me nublan las vistas, los ojos desorbitados, escucho voces a la distancia tratando de atrapar el aire profundamente, suplicando ¡Ayúdenme, por favor Dios mío no! fue mi último pedido, un pitido constante se escuchó en la máquina. Los médicos y enfermas gritando ¡señor Lamán reaccione! hacen todo para reanimarme, los signos vitales se normalizan, lentamente estoy inconsciente, sedado por completo mientras aplican la máquina para mantener la respiración asistida.

El médico residente indica que hay que aplicar entubación, el procedimiento es difícil, después de aplicar los pasos para colocar tubos en mi garganta me encuentro aparentemente estable, los médicos revisan que mi cuadro clínico no es alentador, hay diferencias de criterios entre los galenos de lo que se

debe hacer, es una enfermedad nueva no hay tratamiento conocido, mi cuerpo tenía que reaccionar, aparentemente no lo está haciendo, el internista llega a la escena el doctor Marlon Martínez, toma la decisión de trasladar al paciente a la ciudad Guayaquil, aquí le hemos dado todos los cuidados, pero necesita mejores equipos y especialistas en otras patologías, no solo había afectado mis pulmones, otros órganos vitales estaban seriamente comprometidos.

Divagaba en un sueño profundo asistido por un respirador artificial, la tráquea comprometida por tubos que asistían a mis pulmones evitando el colapso causado por una posible neumonía, una vivencia surreal se desvanecía en el trayecto a la utopía, la cama el vehículo, mi colchón el asiento reclinado en un largo viaje repetitivo, todo en el cuarto intacto en conjunto se movía como casa rodante; equipos médicos, luces, respirador sostenido en el espacio y tiempo, desde otra posición observaba relativamente los tubos y la vías en mi cuerpo, rondaba el camino con las paredes transparentes que permitían visualizar toda la ciudad, la mejor vista para un paseo de despedida, el recorrido iniciaba en el antiguo parque infantil, arrancaba la marcha a orillas del río, nada cubría la vista se divisaba los barrancos marrones cubierto de maleza aceleraba la partida lentamente, el sol del atardecer me recibía ocultándose detrás del horizonte invitando a su compañía cantándome con una suave brisa que inspiraba armonía, surcaba los barrancos del camino a las orillas en un éxodo suspendido, pasaba donde se abrazan los dos ríos, árboles frondosos con ramas bailarinas, cerca al hospital anunciaban mi retorno, me dieron las bienvenida y me dejaron pasar más adelante palmeras románticas que orientaba el camino llegando a la altura de la casa de Olmedo, en el lado más majestuoso del río Babahoyo remaba al compás de la corriente mi abuelo Pepe, un poco más joven desde su llamado al cielo, parado en medio de palos de balsa y cañaverales que transportaba a Guayaquil con la habilidad de un equilibrista, me vislumbro surcando su brazo en señal de despedida de este a oeste anunciando que no era mi momento.

Una llamada a casa alertaba de mis complicaciones médicas, “familia Lamán” mi madre pendiente del teléfono todo el tiempo “Sí, de parte de quién” “señora soy el doctor Martínez médico internista del hospital del seguro de Babahoyo tengo que infórmale que su familiar...” interrumpió “es mi hijo doctor” “que su hijo está en terapia intensiva en este momento y va ser traslado a la ciudad de Guayaquil de urgencia” el alta voz anunció todo, a mi padre abrazando a mi madre, “esto para que tengan un seguimiento de su hijo, esto es lo que le puedo comunicar” y cerró la llamada; Mi madre no dijo ni una palabra, caminó unos pasos, encendió otra vela; en el altar improvisado de la foto de su santo hijo, resguardado del retrato del divino niño y la virgencita María, velas y flores adornabas el sagrario en medio su bebé, rezaron mucho esa tarde para ese entonces mi hermana Karin amplificaba las oraciones.

Escucho el chillido de la camilla al rodar, todo es confuso, luces en movimiento, rostros de cada lado de mis hombros, voces a lo lejos se escuchaba que esté lista la ambulancia vamos en camino, mi cuerpo desvanecido al ritmo del vehículo en un viaje confuso, acostado observaba con los ojos cerrados por el parabrisas un camino que no tiene camino rumbo hacia la nada, una luz a años luz de distancia se acerca y de repente caigo al precipicio y regreso donde estoy, esa escena se repetía varias veces hasta que la experiencia se nubló suspendido en el purgatorio.

Mis padres desesperados sin saber qué hacer y a quien acudir investigan donde me entregaron, concurren al hospital del seguro social, un representante informa de los trámites y contactos realizados

para trasladar al paciente al hospital de los Ceibos de Guayaquil, los temores invadieron a mis padres pero su amor no tiene control, si perder tiempo fueron a casa por dinero, Karin en casa de nuestros padres se enteraba de lo sucedido, buscó lo necesario presagiando que pasarían a recoger lo necesario, tomó abrigo y chompas, termo y café caliente, pomos de agua en el bolso de viaje de mamá, observó unas cúpulas que se confundían con las flores blancas, el pito suena insistentemente era papá ¡abra la puerta hija! gritaba insistentemente, corrí a su llamado “me voy con tu madre a Guayaquil”, le digo que se quede mientras tomaba dinero del cajón de su escritorio, pero dice que no se va quedar que quiere ir, siempre necia tu mamá, solo dije “toma Papá y cogió el bolso y voló”.

Rumbo a su destino recorrieron la ruta de los lamentos el trayecto a la ciudad más contaminada, el camino a la necesidad desbordada, pidieron a Dios únicamente por su hijo transitaron por lugares golpeados por el dolor, cuadros dolorosos de familias enteras, cadáveres en las ventanas de las casas esperando el milagro de que el gobierno los venga a recoger, aglomeraciones de necesidad desesperados por comida, decenas de colchones tirados en las calles de infectados, cadáveres quemados en los muebles de la sala en media calle, un caos total, muertos y contagiados por todos lados, con la dignidad de un difunto en caja de zapatos.

Iban en busca de su vástago, ya en los ceibos en busca de un estacionamiento todo copado, el entorno no era nada alentador personas inundaban los alrededores del hospital, familias desesperadas en busca del ser querido dando vueltas en el centro de salud en torno donde estacionar, en frente el espacio ocupado por sillas plásticas rotas obstaculizaban la ubicación, un letrero decía 3 dólares el espacio, todos había subido los precios, accedimos al abuso en el mismo lugar, un restaurante ofrecía los 3 platos más el baño a 50 centavos, el cuidado del vehículo era aparte 2 dólares para el guardián improvisado, “cuando regrese les pago” dijo papá, mientras se dirigía a lo desconocido, recalco aquí vendré a comer y ocupar el baño, la patrona confirmó lo esperamos jefe.

La tragedia más cerca, personas confundidas deambulaban sin dónde acudir, el tumulto era descontrolado cerca de la puerta, la fila se dirigía a la mesa de información, tomó mucho tiempo llegar, las noticias eran desalentadoras, no se hacían esperar de los que me antecedían, persuadía a la decepción; en mi turno el celador preguntó “señor ¿Cuál es el nombre del paciente o algún documento que lo identifique?”, la licencia la pasaba mamá desde su cartera, en manos del guardia buscó en sus apuntes y no encontró nada en los registros, no consta nadie hospitalizado en esta casa de salud, “señor no hay nadie internado con ese nombre” concluyó, ¡No puede ser es mi hijo” con un grito desgarrador “me informaron en el hospital del Seguro Social de Babahoyo de donde fue trasladado que venía de emergencia para internarlo en los ceibos”, tocado por el dolor paternal se acerca otro celador que escucho la voz de un padre desesperado, tomando la licencia “señor Lamán efectivamente estuvo una ambulancia de Babahoyo, su hijo tenía una cama separada; pero se saltó los protocolos un politiquero influyente del gobierno robándose la cama de su hijo para un familiar”, descargando las injusticias de las tensiones acumuladas me oriento, “el suyo fue traslado a otro lugar no tenemos ninguna otra información debe de buscar por los diferentes hospitales de la ciudad”.

No le dieron más razón, recorrieron todo los hospitales de Guayaquil sin tener ninguna noticia, el mismo dolor por todas partes y las mismas malas noticias; Llegando el anochecer pernoctaron en el

estacionamiento externo del hospital de Guayaquil, no habían tenido ninguna respuesta, el drama y la desesperación acompañaba a varias familias que no sabían dónde estaban sus seres queridos, esa noche en vigilia de oraciones apenas habían cerrado los ojos por 2 horas, turnando el insomnio de los drogadictos y rateros.

Un día más de una búsqueda infructuosa continuamos el recorrido acudimos al sistema Ecu911 pero no daban razón de donde estaba internado mi hijo dando vueltas de un lugar a otro con la mente aturdida de tanta podredumbre moral, rumbo al cuartel modelo la policía no tenía registros, el teniente Oswaldo Morán de la policía se ofreció ayudarnos, esperamos por varias horas, las estadísticas se actualizaban cada vez más infectados, muertos y desaparecidos, de repente una llamada, mi esposa se apresura a contestar por si en algún lugar donde dejamos los datos no den una respuesta favorable, ¿Mamá qué pasó? era mi hija Karin, “no encontramos a tu hermano, nadie sabe a qué hospital lo llevaron” “y ya recorrieron todos los hospitales” “sí hija de un lugar a otro, y la policía que está haciendo con tono de molestia, aquí estamos hija a la espera en uno de los cuarteles” “Mamá aquí está Nicole la hija de Jorge quiere hablar con usted” “hola abuelita como está mi Papá no pudo responder” el alta voz llega a su abuelo “hola hija está bien tu Papá! “¿Puede pasármelo? con la voz angelical de la inocencia “hija el doctor dice que no se puede, él está internado” nosotros en el hospital esperando, inventando una mentira piadosa, “bueno abuelito lo saluda a mi Papá que le mandó un beso y un abrazo y que Dios lo bendiga” “ya mijita yo le digo” “chao abuelito” la tía Karin cierra la llamada mientras sus pensamientos a la oración enciende una vela a su hermano sigue la tradición cristiana de mamá, la bebé se arrodilla, reza las oraciones que le enseñó su padre y adorna el altar con pétalos de rosas en nombre de papá.

Ya tres horas de espera no hay respuesta, al rato el teniente informa no hemos tenido respuesta positiva de ningún hospital del seguro social tampoco de hospitales del sistema de salud pública, tardamos en darle respuesta porque se hizo un recorrido por las clínicas que tienen convenio con el IESS y que están atendiendo pacientes covid-19; pero no hay registro del ciudadano Lamán.

Señor Lamán dijo el policía “siento la desesperación de ustedes como padre, pero debo ser demasiado sincero con ustedes, se habrán percatado que estamos en un caso extremo por esta pandemia algo que no lo hemos vivido, el sistema de salud colapsó; creo que debe contemplar la posibilidad de que su hijo haya fallecido”.

Respiré profundo tratando de que ningún pensamiento me aborde, no quería contemplar esa posibilidad, me aferraba a mi hijo, la madre comenzó a enfermar aferrada a la maternidad, un movimiento repentino en su parpado izquierdo anunciaba la baja de la presión arterial más la debilidad de una muerte anunciada, esos estragos de la hipotensión también era parte de mi herencia, vieja tenemos que regresar a casa, me percaté de su decaimiento, un “Nooo! rotundo se escuchó, aquí no nos vamos hasta que encontremos a mi hijo.

Un nuevo recorrido al que no queremos llegar, una nueva búsqueda que no queremos encontrar, sentimientos encontrados, el suplicio, la esperanza de que no esté en esos lugares, visitamos cementerios y mortuorios, primero comenzamos con el más grande el cementerio general, observamos el drama de familias que no podían darle cristiana sepultura a sus seres queridos, sus cuerpos estaban desaparecidos, la odisea se repite el sondeo interminable; en el panteón filas interminables cruzaban las cuadras, el drama de

cadáveres enfundados, la partida a su última morada directo al cementerio decían las normas sanitarias con la indecisión de rendirle un justo homenaje o no contaminar a la familia de este virus mortal.

Una lista fría pegada a la pared anunciaba el nombre de los fallecidos de una turba incontrolable que reclamaba por su muerto y aquellos por los desaparecidos, las autoridades requerían evacuar como a dé lugar los fallecidos, recorrí con la prudencia de mis ojos marchitos alejados de la mamá y pude observar a mi hijo en la oscura estadística, me alejé del lugar disimulando todo estar bien, a la vuelta de la esquina mi desplome con el alma por los suelos y el cuerpo en suplicio, aparece de la nada un individuo con un traje camuflado, su escarapela decía sargento Nelson Naranjo, un pecho, unas estrellas y un pulpo adornaban su valentía, el reflejo del sol no dejaba apreciar su rostro, se presentó con la postura militar y sus dedos en la frente como observando a la distancia, ¿don Jorge Lamán que hace aquí no me reconoce? preguntó, para nada teniente ¿Quién es usted? “su hijo el ingeniero Jorge me empujó a cumplir mis sueños, 3 años pase las vacaciones en su casa en época de colegio, soy de la capital mundial del banano, Machala, siempre me aconsejaba que luche por mis sueños y aquí estoy, estaré siempre agradecido con él; cuándo trabaja en la finca Bonita Banana y mi papá un cuidador de la misma éramos muy pobres en el bachillerato el ingeniero me trajo a su casa para aplacar una boca que mi padre a tantos hermanos no podía llenar” “Ah sí, ahora te recuerdo te decía roba gallo”, “ese mismo don Lamán”, “sí, mi hijo me contaba, fue su trabajo más alejado de casa, dormía en un cuarto frío en la finca y su papá y su mamá lo atendieron muy bien a él también, estaba muy agradecido con ustedes por sus atenciones y su calor humano”, ¿Y qué hace aquí?; “ese buen ser humano acaba de fallecer” “lo siento mucho estoy a sus órdenes” ”Sí, por favor no lo puedo encontrar”.

Con su presencia y un grupo de conscriptos recorrimos más espacio, la consigna encontrar al ingeniero Jorge Lamán, en la puerta de rejas exigió que me dejen entrar su rango y voz de mando; se observa cadáveres por todos lados, containers llenos de cuerpos congelados, la gente tenía que moverlos para buscar a sus seres queridos, fosas comunes a punto de ser llenadas, los muérganos novatos movían los cuerpos en busca de la etiqueta, observaba el abuso del dolor ajeno de los roba muertos abusando de familiares que tenías que pagar para que lo hagan por ti, en el canchón los cuerpos regados, parecía un purgatorio dramatizado, la codicia vestida de muerte, señalaba quienes salían o no al descanso eterno, el precio de la coima era la diferencia entre el cielo y el infierno terrenal, recorrí el área, la identificación de cada cristiano era su nombre pegado con papel y cinta adhesiva, apestaba a mortandad, jamás pensé ver tan cuadro de dolor, recorrí cada espacio con la esperanza de no encontrarlo en esas condiciones, la esperanza era marchita, sólo atinaba a pensar en darle un sepelio digno, fueron varias morgues, los recorridos en un convoy militar que acompañaba, incluso con las exigencias de la mamá por funerarias si acaso un alma se había apiadado de mi hijo, “don Jorge no aparece, hemos hechos un barrido por todos lados, lo lamento” “gracias sargento hicieron mucho soy testigo presencial de aquello” “espero que lo encuentre don Jorge, le dejo mi número si requiere de mi ayuda” “gracias mi sub le dije y fui”.

Cansado reclino el asiento del carro, subo el nivel del aire acondicionado, vieja gracias a DIOS no está, con la esperanza a flor de piel de que aún este con vida, ella cada vez más descompensada esperó mi llegada y se quedó dormida, optó por regresar casa, mi madre se dio cuenta pasando en puente de la unidad nacional llegando a la ciudad de Durán, ¿Qué estamos haciendo? viejo tenemos que seguir buscando a mi hijo, vieja se te bajó la presión, estás fría y no quiero que te pase nada, no ayudaremos si

estás enferma, nos vamos a casa, desde el hogar con familiares y amigos podemos llamar y mandar las fotos por teléfono o ese internet para buscarlo.

En casa mamá se recupera paulatinamente recostada al sofá frente al altar toma su Losartán para su hipertensión, se repone un poco, prende una vela, sigue los rezos por mi bienestar, pasaron las horas se retomó la búsqueda insistimos con el IESS, el Ecu911, la policía legal y no recibimos respuesta de mi hijo, se llama a varios familiares y amigos que nos ayuden a difundir el drama que está pasando la familia, imágenes en Facebook, nombres y número de teléfono se proporcionan para información, pero no rinde frutos, aún no sabemos nada de Jorge.

Pasan los días y la angustia de no saber se apodera más de mis padres cada vez más, desesperados aún mi madre conserva la fe y la esperanza de que esté bien, observa el altar los pétalos alrededor caídos, Karin hija que pasó con las flores, mamá ayer estuvo la bebe de Jorge jugaba a la oración decía; por cada pétalo rezaba al bendícelo y protégelo según ella, no le dije nada mami, deja los pétalos ahí y pide más flores, el pedido a Dios es eterno para una madre.

Luego de 8 días de angustia una llamada de Guayaquil, “Buenos días familiares del señor Jorge Lamán” “Sí señor dígame soy la mamá”, con el corazón en la mano dirige la mirada a la foto de su hijo suplicando a sus protectores la aparición en vida, ¿Está con algún familiar? “Sí, con mi esposo, mi hija y mi sobrino”, “Tengo que comunicarle señora que lamentablemente acaba de fallecer su hijo”, “No puede señor DIOS mío!, recién la alegría de encontrarlo y en un instante acabo de perderlo para siempre; ¿Por qué tanto sufrimiento?, con la fe puesta en ti señor, Por qué me lo quitaste, mientras se sienta en su sillón y no paraba de llorar, mi hermana abrazados a mis padres se une al concierto de lágrimas y dolor, mi primo toma el teléfono, la persona detrás explica que su restos mortales debe ser retirados para no pasar el cuerpo a la morgue, mi primo tomó la batuta, tío tenemos que ir a verlo a Jorge, se secó las lágrimas, se vistió rápidamente tomó los papeles personales, mi primo tomó las llaves y manejó más allá de los límites de velocidad permitida, tenía todos los datos, sabía dónde dirigirse, llegan al hospital del Guasmo, consternado aquí había estado y nadie nos dio razón, en la puerta un guardia detuvo nuestra marcha veníamos a retirar el cuerpo de mi hijo nos llamaron hace una hora, se observa una relativa organización de los procedimientos, ¿Cuál es su nombre? preguntó el encargado, entregó la cédula, verifica en una lista “hace media hora fue llevado a la morgue central” nos indicó, “no puede ser tuvieron que esperarnos”, “señor el sistema está colapsado tiene que recorrer varios lugares” me nombró algunas zonas interrumpiéndolo que días atrás ya las había recorrido, nos demoramos toda la tarde, casi oscureciendo en un día nublado, tomamos la avenida 29 rumbo a la calle H, el último lugar del recorrido el cementerio del suburbio; papá alzó la mirada al cielo, invocó quiero llevarme a mi hijo hoy, el Señor escuchó lo ruegos, habían trasladado su cuerpo ahí, nos llevaron al lugar a punto de olvidarlo en una fosa común, pudimos rescatar su cuerpo, un cinta de embalaje protegía su nombre con la gratitud desencajada al todo poderoso, mi primo se apresura a los tramites lo encargados no solicitaron papel alguno solo unos cuantos dólares, unos empleados de la morgue colocaron los restos en el balde de la camioneta, el cuerpo totalmente embalado, mientras lo rociaban para cumplir con los protocolos de salud y evitar más contaminación de este maldito virus, tuve que calmarme, mi hijo en esa bolsa, apreté mis puños recuperé fuerza de flaqueza, su torso amarrado y sellado con cinta de embalaje, no tuvimos tiempo de conseguir un ataúd, ya de regreso volteaba la mirada hacia el balde de la camioneta, mi hijo en una funda plástica, me causa tanto

dolor, pensativo en las cosas bellas de mi hijo todos los momentos de su niñez, sobrino dele más despacio no hay apuro, no quería que la velocidad nuble mis recuerdos, cuando lo llevaba al estadio una alegría inmensa, me preguntaba de que equipo eres Papá, soy emelexista hijo, yo también papá me decía, cómprame una camiseta de Emelec, en el estadio los dos gritábamos los goles con la camisa color cielo; donde estas ahora hijo mío preguntaba al firmamento, recordaba la escuelita de futbol, sus entrenamientos, los fines de semana de campeonatos, su primer equipo todo el día no se sacó el uniforme, su primer gol celebrado en un abrazo con Papá, esa noche nos dormimos abrazados con la pasión del futbol.

Llegamos a casa extenuados del dolor, mi hija Karin me comunica papá hace poco rato conseguimos el ataúd, pero aún no lo traen, los vecinos acuden al encuentro con la tragedia familiar, dan sus condolencias a la distancia se apresuran ayudar con fumigación del cuerpo de mi hijo, el permiso fue concedido, con la mirada y un si con la cabeza, mi esposa en la ventana a la espera de su hijo salió rápidamente a su llegada, los restos mortales enfundados, sus pies al fondo del carro y su cabeza en la puerta trasera, se escucharon voces, cuidado con el contagio doña Flor, no dijo nada, palma su cabeza recorrió con sus manos su rostro que en su mente estaba presente, recorrió su boca, sus mejillas, su ojos, palpó su frente, besó el plástico que lo cubría, un caricia de despedida, un llanto irremediable a punto de desplomarse, tomo a mi esposa por los brazos, mi hija me consuela de la misma forma, un desplome de nuestras alamas se juntaron mientras los vecinos y curiosos a los lejos distinguían ese cuadro de dolor, ya las 10 de la noche recién llegan los miembros de la funeraria con su traje blanco, colocaron el cuerpo de mi hijo en su armario, mi padre exigió todo para su velación, aceptaron menos el letrero en la puerta de la casa para no tener problemas con la policía y la justicia, acotó el de la funeraria.

Mi sobrino se había despedido, velamos a mi hijo toda la noche con su madre y mi hija, nos acompañaba nuestro dolor, observábamos el altar improvisado, con las foto de Jorge, la del divino niño y la virgencita, es el último día que su cuerpo está con nosotros, pero su ser estará siempre presente en nuestros corazones.

Diez de la mañana habíamos perdido el trascurso del tiempo me preparaba para los trámites del sepulcro, una hora más tarde mi sobrino llamó al teléfono convencional indicando que todos los trámites están realizados, un pequeño alivio a tanto dolor, fue más rápido la diligencia en el parque de la paz manifestó porque Jorge tenía un seguro de vida para beneficio de su hija, gracias sobrino por todo tu apoyo, en unos minutos llegó con ramos y coronas de flores acompañados de unos familiares, nadie se bajó por obvias razones, el cuerpo de mi hijo en la camioneta fruto de su trabajo, dije manejo yo quiero llevar a mi hijo hasta la última morada, rumbo al cementerio mi hija grababa el recorrido en directo, no entendía de tecnologías, Karin nos manifestaba que muchos familiares y amigos daban muestras de afecto; pero sabemos que no pueden acompañar con su presencia son las restricciones de esta pandemia, solo 2 camionetas el permiso al cementerio; ahora más organizado el estado permite ingresar hasta la bóveda, los trabajadores subiendo el cuerpo de mi hijo, pude notar el nombre de Pablo Santana el mejor amigo de mi hijo otra vez estarán juntos aquí y en cielo, mi sobrino había solicitado estar ha lado de su compadre, minutos de dolor embargó a toda la familia, nos abrazamos con mi esposa y mi hija en un profundo llanto de agonía, en el retorno nadie dijo una palabra, estábamos desbordado de melancolía, en casa el altar quedará hasta el día de las novenas acotó mamá, la voz se corrió por todo el barrio.

Aquel día llegó rumbo a la novena mi esposa muy temprano, adornó el altar lo llenó de hermosas flores y pétalos por todo el mostrador esta vez el arreglo floral más exuberante, las imágenes del divino niño y la virgencita acompañaban a la gran foto prometida de mi hijo con una gran sonrisa como lo llevaré en mi alma por siempre; la madre contempló el hermoso altar por varios minutos, llegó mi hija, “mamá está muy lindo”, “Sí mijita, sé que le gusta mucho a tu hermano Jorge”.

En la calle se colocaban una sillas, las comadres se preparaban para la celebración, el sobrino terminó de comprar las cosas para preparar el chocolate, teníamos que esperar la hora; todos sentados afuera nos separaba la seguridad de la cuarentena, de repente suena el teléfono convencional, mi esposa se hizo la distraída con los arreglos florales, mi sobrino entró a casa a tomar la llamada, “Aló” “Sí, la señora Amada Garcés” “Sí, un momento” “tía la llaman ha de ser una vecina” comentó, de pronto una voz que parecía familiar, “hola hola señora Amada” fingiendo alguien que no era, ¿Cómo está?, así la llamaba su hijo cuando estaba enojada, la señora comienza a temblar deja el teléfono pensativa unos segundos, qué pasó mamá quién era?, “nadie la gente que no tiene que hacer, número equivocado” dijo para no preocupar a nadie y en su cabeza esa voz retumbaba.

Luego de unos minutos la videollamada al teléfono celular, número no registrado apretó un botón, “Hola mamá ¿Cómo está?” recordó lo tantos vídeos y fotos que Jorge mandaba para fortalecer la fe en sus días de internado en el hospital del IESS, ¿Quién es mamá? preguntó Karin, los vídeos que hacía Jorge, mira le dijo a su esposo pasando el teléfono por el rostro de papá, “hola papá”, su hermana se extrañó, le quitó el teléfono a mamá, no era solo un vídeo, era un milagro detrás de una videollamada, “hola ñaña cómo estás?, “mamá, papá, es Jorge” se arrodilló, es un milagro, sus padres se quedaron en shock incrédulos, mi hermana los acercó, mis padres comenzaron a llorar de felicidad, no entendían lo que pasaba, hijo querido, Dios bendito gracias por el milagro aún Jorge confundido, por la reacción de la familia, mi hermana Karin mostró la imagen del altar acompañando de todo la historia reciente.

“Creían yo había muerto y yo ni idea”, “ñaño te enterramos, cómo no entiendo, si a mí papá lo llamaron de Guayaquil, lo acompañó el primo, él ha estado todo el tiempo apoyándonos; estaba tu nombre pegado en un cuerpo, mi papá lo trajo a la casa, lo velamos toda la noche ya hace 9 días, lo enterramos y lo lloramos, quién habrá sido ese cristiano, hoy cumple 9 días, estábamos preparados para la novena”, entre gritos y lágrimas de alegría.

La madre me arranchó el teléfono “mijo querido te amo, Dios escuchó mi plegarias esto es un milagro señor” gritó mi madre, toma el teléfono un funcionario del hospital, dueño del dispositivo, “familia Lamán su familiar está totalmente recuperado y tenemos urgencias de camas, se le ha dado el alta tiene que venir a recogerlo, algún familiar que venga por él”, la madre “que venga rápido a casa, aclamaba lo estamos esperamos con los brazos abiertos”, por última vez puso la cámara hacia Jorge Lamán despídase señor, “familia nos vemos pronto, mamá, papá, ñaña los amo”; no teníamos parientes cercano en Guayaquil en ese momento, mi padre recordó al militar, fue a buscar el pantalón sucio donde guardaba su contacto, la respuesta es afirmativa dijo el sargento Naranjo.

Aquel suceso milagroso rápidamente se esparció por el barrio, los comentarios iban y venían, vecinos incrédulos, no soportaron más y se acercaron a la fuente el barrio cambiaron los planes ya no será una novena ahora es un natalicio.

El internet y las redes sociales fueron ahora la herramienta para diseminar la noticia, aún muchos incrédulos posteaban en la red es una noticia falsa, comentarios como no jueguen con el dolor de la familia se hicieron tendencia, la gente no lo podía crear, noticias, vídeos, fotos y comentarios tocan el tema del Paciente Único de Babahoyo, la noticia circuló por todo el país, antes que el resucitado llegara.

Jorge se preparaba para dejar el hospital, le dieron media hora para que esté listo y partir, revivió todos los momentos que pasó desde su casa hasta el hospital de Babahoyo, muchos días inconsciente, estaba recuperado, pero por falta de espacio tenía que partir; 2 días de conciencia lo preparó a su retorno lo acompañaba solo su ropa puesta, la mochila había desaparecido al igual que su teléfono, no me importó nada material gracias a Dios conservo lo más importante, la vida.

El momento llegó, un camillero acude al encuentro de despedida con la silla de ruedas, “señor Lamán lo están esperando para que regrese a su hogar” a la bajada del ascensor parte el personal me despedía con un aplauso, uní mis palmas en señal de gratitud, un ángel de blanco dio las últimas palabras de despedida, no podía irme sin decir las mías; alcé mi dedo índice al cielo ante Dios mi gratitud por su inmensa misericordia, por haber puesto estos ángeles de la salud, excelentes profesionales guerreros del amor al prójimo, mientras se me quebraba la voz conteniendo un gracias muchas gracias, partí con la palma de despedida en medio de los aplausos del personal de salud, una parada militar con el saludo protocolario me recibía, ¡No puede ser grité! reconocí a roba gallo con respeto del rango le di un fuerte abrazo a mi sargento, miyo lo lograste cumpliste tus sueños y usted el suyo ingeniero, un convoy trazaba la ruta a mi destino.

La emoción me embargaba, después de todo lo que había pasado el milagro se había dado, más aún por el dolor de la familia, no veía el momento de llegar a casa el recorrido se hizo eterno, por fin entrando a la ciudad me embargo la emoción, como te extrañé mi Babahoyo querido.

En casa no pude contener las lágrimas, un poco débil aún mi familia corrió a abrazarme, mientras mi madre gritó a los 4 vientos ¡¡¡Mi hijo Jorge está vivo gracias a Dios!!!, mientras de las casas del barrio salían los vecinos con velas encendidas en media calle formaron un rosario, tomé el mío en mi mano izquierda, lo besé, no podía resistir esa emoción de tener a mi familia en Cristo, me desplomé en mis rodillas, no me pude contener mi familia me acompañó en la emoción, puse los brazos alrededor de mis padres quienes alternan los apretones y los besos, mi hermana en frente tomaba mi cabeza y la coloco su frente en la mía, mientras me decía “Te amo ñaño de mi vida, te amamos”, sentí un peso en mi espalda, escuché la voz de mi hija mientras me hacía un candado con sus brazos, se transformó en la capa bendita de este Superman hijo de Dios, antes de iniciar los rezos mi madre corrió a tomar mi foto y de los guardianes, palpaba extrañamente formas tubular detrás de los retratos, eran las 3 mascarillas olvidado en casa estaba pegadas al reverso a la altura de los rostro como aureola, de los milagrosos.

Iniciaron las oraciones de bienvenida.

Padre nuestro

Que estés en el cielo

Santificado sea tu nombre

Venga a nosotros tu reino

Hágase tu voluntad

En la tierra

Como en el cielo

Dados hoy nuestro pan

De cada día

Perdona nuestras ofensas

Como nosotros perdonamos

A los que nos ofenden

No nos dejes caer en tentación

Y líbranos del mal

Amén

Dios te salve María

Llena eres de gracia

El señor es contigo

Bendita eres

Entre todas

Las mujeres

Y bendito es

El fruto de tu vientre

Jesús

Santa María

Madre de Dios

Ruega por nosotros

Pecadores

Ahora y en hora

De nuestra muerte

Amén

Señor

Que en tu

Sabiduría infinita

Creaste la familia

Y quisiste

Que fuese santificado

Por tu hijo Jesús

Bendice a nuestros padres

Y conserva nuestras familias

En la paz

En la pureza

De los afectos

Y en la fiel observancia

Que así sea

Ángel de Dios
Que eres mi custodia
Ya que el Señor
Te encomendó a mí
Ilumíname
Guárdame
Rígeme
Gobiérname
Amén

FIN

ACERCA DEL AUTOR

NORGE BELISARIO NARANJO TORRES

Técnico Eléctrico y Profesional en el área de Informática con una Maestría en Docencia y Currículo; con experiencia en el área académica y docencia en el Instituto Tecnológico Babahoyo y en la Universidad Técnica de Babahoyo. Trabajos Realizados en el campo de las instalaciones eléctricas residenciales, operador de subestación de la Empresa Eléctrica del del Ecuador. Reparación, ensamblaje y mantenimiento de computadoras.

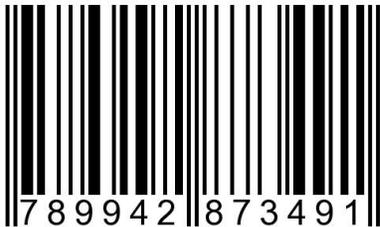
UNIVERSIDAD TÉCNICA DE BABAHOYO



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
TÉCNICA DE BABAHOYO



ISBN: 978-9942-8734-9-1



9 789942 873491

